

La más fingida ocasión y Quijotes encontrados

Santiago Martín Bermúdez

Comedia con Quijotes, el de Cervantes y también el del llamado Avellaneda, donde se ven las disputas de ambos caballeros, tan desemejantes, además de otros regocijados asuntos sucedidos en un trasnoche de encantamiento a enamorados héroes y soñadoras heroínas de varia condición, allá en la Venta de MAESE ROQUE, cercana al Campo de Montiel.

Escrita por una de las personas que en ella aparecen, DON ÁLVARO TARFE, ingenio y caballero granadino. Traída al 450 aniversario del nacimiento de Cervantes por SANTIAGO MARTÍN BERMÚDEZ.

A Miguel Moraleda Merino
In memoriam

... debía de estar encantado,
pues tocaba con la mano
dos tan contrarios don Quijotes.
(Quijote, II, LXIV)

PERSONAJES

DON QUIJOTE, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que responde a la evocación cervantina.

DON QUIJOTE, EL CABALLERO DESAMORADO, que no es sino la criatura impostora del llamado Avellaneda.

ALDONZA LORENZO, o DULCINEA DEL TOBOSO, mujer valiente, bella e impostora cuyo nombre sabemos avanzado el Acto II.

DON ÁLVARO TARFE, caballero salido de la imaginación de Avellaneda, recuperado por Cervantes tardía pero poderosamente.

MAESE ROQUE, dueño de la venta.

MARIANA, joven criada de la venta.

GASPAR, el estudiante, otro impostor.

TELLO, joven servidor en la venta de Maese Roque.

CUATRO ALGUACILES.

UN MÉDICO que no habla.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA, con su poquito de impostura.

LUGAR: La venta de MAESE ROQUE, cercana al Campo de Montiel.

ÉPOCA: la de Alonso Quijano, el bueno.

La acción es entre las cuatro de la tarde y la medianoche de un día de verano.

ACTO I: Primera tarde.

ACTO II: Atardecer (El intermedio, al concluir este acto.)

ACTO III: Anochecido.

Se entreveran en el texto, pasando a formar parte de él, frases o diálogos procedentes de ambas partes del Quijote de Cervantes, pero también en algunos casos del de Avellaneda, del Romancero y de la novela de caballerías *Espejo de príncipes y caballeros* o *El caballero de Febo*. Son citas casi siempre alteradas cuya procedencia, en cada caso, se indica a pie de página.

Los diálogos incluyen numerosos vocablos cervantinos, colocados de modo que el contexto permita comprender sus sentidos.

Decorado

Las acotaciones están destinadas a un decorado semejante a un corral de comedias, con tablado y un corredor superior, con tres partes cada nivel.

Ahora bien, son lo bastante generales como para servir a un decorado múltiple que sugiera los diversos puntos del único escenario en que tiene lugar la acción. Es éste la Venta que administra MAESE ROQUE, se diría que con la sola ayuda de MARIANA y de TELLO. Dichos puntos son: patio, aposentos, cocina, figón.

El exterior de la venta o posada es oído, sugerido, referido, y de él provienen los personajes y a él regresan, pero nunca es visible. Fuera quedan los carruajes, las cabagalduras, las grandes impedimentas, pues todas ellas deben de ser introducidas por puertas a ello destinadas, invisibles a nosotros. Es ajena a ellas la que conduce al ameno patio que habrá de sugerir el tablado.

Sirve este tablado para patio interior de la venta. Mas también, como antaño, para desarrollar en él escenas que comienzan en un interior y precisan, por su aliento y longitud, de mayor espacio para su desenvolvimiento.

Puesto que se trata de un patio de posada, habrá un brocal de pozo, y quién sabe si una higuera, o sugerencia de tal. Serán necesarios unos pocos muebles castellanos, aquí y allá, tanto para escenas interiores como de patio. No estarán fijos, y a lo largo de la acción sufrirán mínimos trasladados.

NOTA.- El texto que sigue podría admitir cortes en una posible representación.

ACTO I

Iluminación sólo sobre EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, sin que apenas se perciba el decorado. Sale a escena EL CABALLERO mientras se escucha un fondo de tierna música para laúd o guitarra, que acompañará sus primeras palabras.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿Tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Luna que ahora la ves, dame tú nuevas de ella...¹

(Aparece por otro lado EL CABALLERO DESAMORADO, que interrumpe EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. Cese la música.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Quién así habla? ¿Es por ventura un caballero o es por acaso un enamorado?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- **(Molesto.)** ¿Y quién así a interrumpir se atreve mi soliloquio?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Quiere saberlo vuestra merced, hidalgo?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- A fe, que vuestro tono es impertinente.

¹ Cf. Quijote, I, XLIII.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿No ha de serlo? Acabo de oír, si no me engañaron mis sentidos, palabras amorosas a una dama Dulcinea dirigidas. ¿No es así, hidalgo?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Así es, mas no es mi deseo referirle a vuestra merced qué asunto sea ese, ni creo que sea de fuero irrumpir en los pensamientos de un caballero de manera tan descortés.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Pues yo sí lo creo. ¿No era a una señora Dulcinea del Toboso a quien dedicaba vuestra merced esas aladas palabras?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Y qué, de serlo?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Que esa dama fue la elegida de mi corazón hasta que un día desdeñé su amor, harto de que fuera conmigo inhumana y cruel, y lo que es peor, desagradecida a mis servicios, sorda a mis ruegos, incrédula a mis palabras y, finalmente, contraria a mis deseos². Desde ese día, me llamo el Caballero Desamorado.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Atónito.) ¿Quién eres?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Soy aquél que antes fue el Caballero de la Triste Figura, y me llamo Don Quijote de la Mancha.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Mientes, bribón! ¡Yo soy Don Quijote de la Mancha!

EL CABALLERO DESAMORADO.- Sorprendido me tienes, impostor.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Tú eres el impostor, que no hay en el mundo más Quijote que yo mismo, y este Quijote nunca renegó del amor de la simpática Dulcinea del Toboso!

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Habrás que resolver este pleito con la razón de la lanza y de la espada!

² Cf. Avellaneda, II.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
Dispuesto me tienes.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Tira de
espada.) En guardia.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
(También.) En guardia estoy.

(Se baten. Sale MAESE ROQUE, alarmado y urgente.)

MAESE ROQUE.- ¡Cejen en esa disputa!

(Se congelan las figuras de ambos combatientes.)

(Aliviado.) Gracias al cielo, que ha puesto suspensión en esta
lucha de veras prematura. Vayan, caballeros, cada uno a su
puesto, que ya será llegado el momento de aparecer ante esta
digna asamblea, sin que ese pleito haya de entorpecer a los
presentes desde tan pronto.

(Con estas palabras, los caballeros han ido saliendo de su
postura congelada y se han animado poco a poco.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Abatida su
espada, para sí.) ¿Quién es este caballero? ¿Es un sueño, o soy
yo mismo cambiado en tan distinto rostro y en otra alma?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
(También.) ¿Qué ficción de mí es éste mi yo repetido?
¿Pretende burlarse el destino oponiéndome un rostro y un alma
tan distintos? ¿O es espejo que devuelve semblantes que no por
desconocidos nos son menos ciertos?

(A una señal de MAESE ROQUE, ambos caballeros salen de la zona iluminada. EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA sube al nivel superior, donde aparecerá inmediatamente, mientras EL CABALLERO DESAMORADO sale de escena.)

MAESE ROQUE.- Vayan, vayan vuestras mercedes, que no es cuestión de empezar el almuerzo por el segundo plato ni la comedia por en medio, sino esperar a que las cosas vengan por sus pasos contados. ¡Y hagan ambos Quijotes como si no se hubiesen visto, ni conocido, por mucho que, siendo precisamente Quijotes, ambos tengan noticia de la existencia del otro! **(Al público.)** ¡Qué trastorno, haber salido estos caballeros a dilucidar su contienda cuando yo tenía preparadas las mejores palabras de bienvenida...! Mas, háganme caso, olviden lo que han presenciado y oído y piensen que es ahora mismo que entran en el teatro, que se ilumina este tablado y que no han visto a ninguno de estos don Quijotes.

(Se ilumina entonces el decorado, como para que se produzca la ilusión y el olvido que pretende MAESE ROQUE. Prima tarde. Vemos a DON QUIJOTE, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, en el aposento que ocupa en la venta, situado arriba, en el centro del corredor; mira por la ventana hacia el horizonte, frente al auditorio. Abajo, en el tablado -exterior-, junto al brocal, está MARIANA, la moza de la venta, y a GASPAR, el estudiante. MAESE ROQUE sigue en primer término y no parece advertir a los dos jóvenes, fijo como está en el público.)

Bienvenidas sean vuestras mercedes a la venta de Maese Roque. Llámanme Maese Roque desde mi viejo magisterio en el oficio de peraile, que abandoné por este sin vivir que es un mesón cercano al Camino Real. Y aquí me tienen, dispuesto a servirles. Cuenta Cide Hamete Benengeli las famosas hazañas del caballero Don Quijote, recogidas en su vejez por un llamado Miguel de Cervantes, que si es quien yo creo, se aposentó más de una vez en mi venta. No leí yo aquellos hechos, pero sí escuché relatarlos a numerosos viajeros. Hasta que un buen día apareció por aquí un caballero que así decía llamarse.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¡Sancho! ¡Sancho!

MAESE ROQUE.- (Señala arriba, al corredor, donde está asomado EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Ahí lo tienen, como alma en pena, esperando la llegada de un su escudero, de nombre Sancho Panza. Lejos estaba yo aquella tarde de imaginar los extraños sucesos que tendrían lugar en mi venta. Porque no sabía que para entonces las aventuras de aquel caballero habían sido ya copiadas, ya robadas, y que había más de un Don Quijote por esos mundos. Es el caso que hubo otro libro sobre este caballero, escrito por un tal Avellaneda, natural de Tordesillas, que, si alguna vez anduvo por mi venta, no lo he sabido, pues hay quien asegura que nombre y patria son inventados. ¿Cómo iba a pensar yo, que apenas si conocía la existencia de un Quijote, que iba a ver dos juntos en el corto espacio de una tarde y una noche?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¡Sancho, Sancho, cuánto te tardas en acudir en auxilio de tu señor! Ruego a Dios que le dé alas a Rucio como las que tuvo Pegaso y me traigas noticia de las embajadas habidas para mí en la aldea.

MAESE ROQUE.- Ahí le ven, planeando arbitrios. Otras personas enredaron aquel día en la venta, y entre ellas (Señalando a MARIANA) una muchacha que su padre me encomendara como sirvienta y que tanto al buen viejo como a mí nos salió rana. Y otras más, ya podrán comprobarlo vuestras mercedes. Pero mejor será que pasen a mi humilde mesón y en él se instalen, que el caballero muestra impaciencia por hablar, y no es cosa que yo interrumpa a tan ilustre huésped.

(Mutis, mientras habla EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿No serás presa, Sancho, del encantamiento del mago Cerbero, ese enemigo mío? Entrega te hice de la triaca y del bálsamo, y con ambos has de regresar salvo a quien te espera con el anhelo deshecho. ¡Sancho, hace días que te aguardo! Gaspar, ¿quién se queja de ese modo?

MARIANA.- Es un hidalgo que ha llegado de tierras catalanas, aunque mi amo piensa que es de por aquí. Es gentil y liberal, pero tiene en la cabeza un nido que pájaros revoltosos.

(Córrese lentamente la cortina del aposento de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, ocultándole.)

GASPAR.- ¿Es un loco?

MARIANA.- ¡Pobre caballero...!

GASPAR.- Aquí el único loco soy yo. Por quererte.

MARIANA.- Yo soy la loca. Por escuchar.

GASPAR.- Tú puedes dejar de escucharme, si quieres, aunque con ello me mates. Pero yo no puedo dejar de quererte, pues de ese modo me muero.

MARIANA.- Parlero es el estudiante.

GASPAR.- Parlero no, sino poeta. La poesía puesta al servicio de la belleza de una dama de distinción, lo que nunca creí hallar en un lugar perdido de esta comarca. Señora eres, aunque te disfraces de sirvienta. No villana, mas señora de este lugar y de mi pobre corazón, a ti rendido. No desdeñes mi palabra, pues nunca palabra alguna fue más fiel a un sentimiento.

MARIANA.- ¿Qué contiene ese sentimiento?

GASPAR.- Por un acaso, promesa de ventura.

MARIANA.- Lisonja es, no promesa.

GASPAR.- ¿Qué quieres que te prometa, Mariana mía?

MARIANA.- No quiero promesas antes de saber la verdad.

GASPAR.- ¿Qué verdad?

MARIANA.- La de vuestra merced.

GASPAR.- Te lo he dicho, desconfiada. Me llamo Gaspar Flores de la Espesura, soy hijodalgo, estudiante en Salamanca y feliz propietario de huertas en unas lindes de la corte. Mi familia posee tierras en Talavera...

MAESE ROQUE.- (Al paño.) ¡Cómo insiste ese barbián y con qué gusto le da palique la Blasa!

(Alto. Al hablar, sorprende a ambos jóvenes, cada uno de los cuales reacciona a su manera: azorada la muchacha, propio de su condición servil y pudorosa; jaque el estudiante, inadecuado a lo elevado de su formación académica y lo honesto de su propósito confeso.)

Mariana, ve a buscar el servicio de almuerzo para el caballero...
(Finge sorprenderse. Con ironía.) Mi señor don Gaspar, le suponía enfrascado en sus latines.

GASPAR.- A ello iba, maese Roque, y no hacía sino pedirle a Marianilla que a su hora me trajera colación, que ensimismado en mi estudio dejara pasar el santo día si un alma buena no me acuerda los deberes que no son del espíritu.

MAESE ROQUE.- (Mueve la cabeza, nada convencido por el verbo del joven. A MARIANA, que sigue embobada.) Arrea escaleras arriba con el servicio del caballero, que está ayuno de tanto ojear por la ventana el regreso de su escudero...

(Sale MARIANA apresuradamente, corrida e intimidada. Llega a un aposento, donde prepara unas viandas que portará más tarde.)

Nada tenía que advertir, tengo a honor que todos los huéspedes de esta venta sean prevenidos hasta tres veces a la hora en que los estómagos entonan el Ángelus.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (No se le ve, corrida la cortina de su cuarto.) Sancho, ¿pues que aún te tardas, peregrino en tu patria?

GASPAR.- ¿Quién es ese lunático, maese Roque?

MAESE ROQUE.- No es lunático, y vuestra merced, con su medicina, debería comprenderlo mejor que nadie. Es un buen hidalgo, que anda trastornado por un hartazgo de conceptos que su pobre cabeza no ha podido digerir. Es la fiebre del exceso, mala en el estudio como en la lascivia.

GASPAR.- ¿Compara una cosa con la otra?

MAESE ROQUE.- Vuestra merced conoce bien al menos una.

GASPAR.- Sí, a fe mía. Conozco el estudio y sé de la otra por los desórdenes que provoca en la carne de tantos desdichados. Y también por oídas.

MAESE ROQUE.- Discreto es vuestra merced.

GASPAR.- No tanto que no sienta un punto de curiosidad por lo que le suceda a ese hombre que grita desde arriba a ese llamado Sancho. He conocido locos en las reclusiones de la corte y de varias villas castellanas y andaluzas.

MAESE ROQUE.- Sepa, mi buen estudiante, que se trata de un caballero andante de esos que salvan a la humanidad de sus males.

GASPAR.- ¿Los males de este siglo?

MAESE ROQUE.- ¿De este siglo? Eso espero. Bastante tiene con ellos, como para acudir a los de siglos pasados.

GASPAR.- Como futuro médico temo que ese pobre hombre lo que precisa es un reposo.

MAESE ROQUE.- ¿Un encierro? No, este caballero es pacífico, y hasta bueno. Se acerca a la ancianidad con estoicismo y con mansedumbre. Sólo que le pudre la injusticia.

GASPAR.- Suficiente para que un día deje de ser pacífico. Lo sé por lo mucho que tengo visto en Salamanca.

MAESE ROQUE.- (**Mueve la cabeza, incrédulo.**) Quede con Dios, que me llama la mucha faena. (**Para sí, mientras se retira.**) ¿Qué sabrás tú de Salamanca, majagranzas? ¿No la habrás atravesado formando comitiva en cuerda de presos?

(Llega al punto donde MARIANA termina ya de preparar la comida del CABALLERO.)

GASPAR.- (Solo en el punto exterior.) Viejo impertinente... Mas ¿de qué me quejo? ¿Han sido alguna vez los ancianos, celosos del vigor de la juventud, auxilio de enamorados...? Cuento con la dulce Mariana, sólo con ella, que tan llena está de vida y, aunque no lo sepa, de inquietud y de anhelo... La veo como un fruto en sazón dispuesto a caer en la mano que la aguarda paciente, mas con ansia. Y esa mano la llevará a mi boca, que habrá de saborearla con deleite, mejor que ese viejo loco los manjares que ella le consagra con el marfil de sus manos. **(Sale.)**

MAESE ROQUE.- ¿Qué te recuesta ese belitre?

MARIANA.- ¿De quién me habla usted...?

MAESE ROQUE.- Bien que lo sabes, fingidora. Aleja a esa sombra de ti, que no ha de echarte sino dado falso. Le respondo de tu honra al Blasillo, tu pobre padre, y de que salgas de aquí lo mismo que entraste. Ése no es estudiante, sino algo más y menos un buscavidas. En alguna parte le está esperando un acero albaceteño, pero mientras lo encuentra, más de una honra saldrá perdida.

MARIANA.- Es hombre principal. Vos visteis sus papeles.

MAESE ROQUE.- ¿Qué son los papeles, si nada garantizan? Sabelo bien, Marianita, tienes pena de expulsión de esta casa, y para siempre, si haces oídos a cualquier huésped que te enlabie el espinazo con la mocedad de su canto. Así que ya lo sabes... Y, ahora, sube ese azafate al hidalgo. **(Mutis.)**

MARIANA.- (Sola, con el azafate en la mano.) Don Gaspar, mi Gaspar... ¿Será posible que un caballero tan distinguido me engañe...? ¡No...! Soy discreta, apañada, hermosa. Y distinguida, como él dice. Distinguida como una hidalga. Gaspar, don Gaspar, sáqueme de este campo y lléveme a la corte, donde sabré manejar los frutos de esas huertas y darle otros frutos vigorosos de mi propia cosecha, a cambio tan sólo del hálito bendito de su nombre.

(Sube hacia el cuarto de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. Descúbrase la cortina del aposento del CABALLERO, donde éste se encuentra solo.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No ha mucho era aún el Caballero de los Leones, mas ahora vuelvo a ser el de la Triste Figura, por el encantamiento de que es presa la sin par Dulcinea, mas también por aquel singular combate que quedó en tablas con el Caballero de la Blanca Luna. Sé que ese caballero, enemigo mío, mas gentil y discreto, desea que deje el campo libre a solas sus hazañas, y que no le concurran las mías. Y a punto estuve de caer bajo su lanza. No volveré a ser el Caballero de los Leones hasta que, como un león, le venza, y hasta que venza el encantamiento con que mi gran enemigo, el infame Cerbero, tiene sometida a Dulcinea.

(MARIANA llama a la puerta del CABALLERO.)

MARIANA.- Caballero, soy yo, Mariana, para servirle, que le traigo de comer.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Qué escucho!

(Corre a abrir la puerta. MARIANA se lleva un buen susto.)

MARIANA.- Señor don Quijote, yo...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Dulcinea mía! Pasa, pasa, déjame que tome yo ese servicio, que tus manos están hechas para muy otro menester.

(Le arranca el azafate. Ante el azoramiento de la muchacha.)

Pasa, te lo ruego, que es mi martirio verte así, desahogada, como sirvienta en este castillo, cuando eres señora de tantas almas. **(Deja el azafate encima de una mesa.)** Señora, no me es posible recuperar el ser que me habéis quitado. ¿Pretendes restituirlo con alimentos de cuerpo, cuando es mi alma lo que enflaquece y muere?

MARIANA.- (Penetra, cohibida, en el aposento.) Señor, no está bien que yo...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Cierra la puerta tras él.) Mas perdone, que no es momento de reproche. De sobra sé que eres presa de un encantamiento, pues fuiste transformada de gentil dama en rústica aldeana, pero el tal se borraré pronto por las disciplinas que por ti se inflige mi escudero, Sancho Panza, que se palmea todos los días para borrar el maleficio que te aherroja. Y por el singular combate que entablaré con mi enemigo Cerbero, que ha aprovechado mi ausencia de la patria para enseñorearse del lugar. Y por si eso fuera poco, no ha mucho que he visto impreso un libro que se pretendía segunda parte de mis aventuras, pero no hay en él más que un falso Don Quijote y un falsísimo Sancho. Que el autor fingido de ese embuste pretendía nada menos que Don Quijote ya no amaba a Dulcinea del Toboso. ¡A ti, dama de mis pensamientos y luz de mis oraciones!

(De repente, echa mano de espada y arremete, con aparente serenidad y cargado de razón, contra el azafate. Vuélcase todo su contenido, ante el estupor y el temor de MARIANA, mas él no parece advertir el estropicio ni su efecto en la joven.)

Sólo falta que llegue mi escudero con un encargo que le he hecho, y acometeremos la última aventura... Mas antes habré de enfrentarme, en el Campo de Montiel, con el Caballero de la Blanca Luna. **(Enarbola la espada, que aún llevaba empuñada.)**

Ese caballero se atrevió a desafiarme, queriéndome obligar a decir que su dama era sin comparación más hermosa que tú, Dulcinea del Toboso, so pena de darme muerte, y retándome a singular combate para que yo, vencido, dejase las armas y me abstuviera de buscar aventuras, me recogiera y retirase a mi lugar por tiempo de un año, donde habría de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así convenía al aumento de mi hacienda y a la salvación de mi alma³. Pero yo...

MARIANA.- (Atemorizada.) Mi señor caballero, tengo que marcharme...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Se arrodilla, dejando caer la espada a un lado.) Soy tu caballero, y tú mi dama. Soy tu servidor, y tú mi señora. Y diría que soy tu devoto, y tú mi diosa, si no fuera herejía este concepto.

MARIANA.- Vuestra merced me confunde.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Más confundido estoy yo, amada Dulcinea, de verte como te veo y no poderlo remediar al instante con la fuerza de mi pecho y de mi espada. Mas pronto llegará nuestro desquite, al que muy luego ha de seguir el mayor gozo.

MARIANA.- Debo retirarme, Don Quijote.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Hazlo, y guarda silencio, discreta y bella Dulcinea, que el silencio es necesario en este trance. Y que sepas que el tiempo es aliado de nuestro amor y que Dios bendice amores tan profundos y castos.

MARIANA.- Será como dice vuestra merced... (Se dirige a la puerta, como impulsada por atroz desasosiego. Abre, y se vuelve a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Quede con Dios, gentil caballero.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Que Él os guarde y me ayude a libertarte, sublime Dulcinea del Toboso...

³ Para las últimas frases de Don Quijote, cf. *Quijote* II, LXIV.

(Apresurada, retírase MARIANA. Se corre de nuevo la cortina del aposento de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, quedando éste oculto. MARIANA baja hasta el patio, al que en ese momento llegan MAESE ROQUE y TELLO, platicando de muy otras cuestiones.)

MAESE ROQUE.- Escúchame con atención, Tello, que esto es muy de tu interés. ¿Tú quieres a Mariana?

TELLO.- La quiero, mi amo, y deseo hacerla mi mujer.

MAESE ROQUE.- Pues andate con lectura, que corres peligro de perder lo que anhelas.

(TELLO no tiene tiempo de responder, ni siquiera de asombrarse, porque las exclamaciones de MARIANA, que llega hasta ellos, han enturbiado las últimas palabras del ventero.)

MARIANA.- ¡Mi amo, mi amo, el caballero está loco y por poco sí me coloca en un mal pleito!

MAESE ROQUE.- ¿Qué cuentas tú ahora, menguada?

MARIANA.- El caballero ha arrojado por el suelo los platos que le he subido y me nombra como una tal Dulcina del Toboso.

TELLO.- Ya le decía que ese hombre no era de fiar.

MAESE ROQUE.- Calla tú, desventurado, que desconfías de lo que no te atañe y descuidas tu gallinero a la raposa. Venga, Marianita, sosiega tu ahogo. ¿No me dirás que el caballero te ha ofendido?

MARIANA.- No, sino asustado. Dice sinrazones que confunden al más pintado, que habla más de lo discreto que de lo verdadero.

TELLO.- ¡Hay que expulsarle de esta casa!

MAESE ROQUE.- Sabed los dos que este don Quijote se cree andante caballero, de aquellos que como Amadís o Belianís iban deshaciendo entuertos y redimiendo encantamientos. Su criado, a quien él considera su escudero, ha ido a la aldea de este buen hombre en busca de numerario y provisiones. Cree el caballero que es para una gran aventura, y así lo cree también el infeliz de ese escudero, que se llama Sancho Panza y es un labrador con más espíritu que juicio. Mas el caballero espera de su escudero una embajada. No han considerado prudente caballero y escudero que se presentara allí Don Quijote, por temor al encantamiento que tiene preparado un mago muy grande enemigo suyo, del que ya han sido víctimas amigos y familiares a quienes tiene el deber de liberar. Lo hará una vez que conozca el contenido de aquellas embajadas, libradas por caballeros amigos suyos que quieren salvar a la tierra toda manchega del maleficio de aquel malvado mago. Mas hay otro caballero, el de la Blanca Luna, que estorba los afanes de Don Quijote. Y este Don Quijote, para remate del cuento, anda enamorado de una dama llamada Dulcinea del Toboso, que está encantada por ese mago. Por ventura, que te habrá confundido con ella.

MARIANA.- Y aún dijo que yo era esa Dulcinea, pero encantada.

MAESE ROQUE.- Vive el cielo que me asombra ese dislate, mas ved que es hombre de paz, pese a sus arranques. Sabed que toda su historia se ha contado en un bello libro hace algún tiempo, pero bien se ve que para vosotros no hay libro que merezca cata, como tampoco copla de ciego que no os encandile.

MARIANA.- Entonces, mi amo don Roque, ¿quiérese decir que este Don Quijote es salido de un libro y no cristiano de carne y hueso, como nosotros?

MAESE ROQUE.- Pues claro que es cristiano, y según le veo, muy buen cristiano, que atiende a sus oraciones sin exagerarlas, y a su piedad sin darle pregón. Anda ahora inquieto por esas aventuras, mas es un hombre muy de espíritu.

MARIANA.- De espíritu será, mi amo, porque de la comida nada quiere saber, que derramó por el suelo las viandas que le traje.

MAESE ROQUE.- Anda a prepararle unas migas, que todavía quedan en la cocina, no vaya a ser que desfallezca del mucho velar y del poco comer. Pero que se las sirva Tello aquí, en esta mesa, no sea que te tome de nuevo por la aparición de Dulcinea del Toboso.

(Van a salir ambos, pero MAESE ROQUE toma del hombro a MARIANA.)

Muchacha, domeña esos lucios cascós, y mira al buen mozo que te acompaña; respetale como aquello en lo que se va a convertir.

MARIANA.- ¿Qué quiere decir, mi amo?

MAESE ROQUE.- Nada. Andad para dentro.

(Éntranse MARIANA y TELLO. Solo, MAESE ROQUE llama a DON QUIJOTE.)

¡Mi señor Don Quijote, mi señor don Quijote!

(Se descorre la cortina del aposento de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Se asoma.) ¡Ah, señor Marqués, lo que podría contaros, que he tenido una muy turbadora visión!

MAESE ROQUE.- ¿Qué ha sido el suceso?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- De la visión, prefiero callar por ahora, que no es para dicho desde balcones. Lo otro es que he derramado el servicio de almuerzo que me habéis hecho llegar.

MAESE ROQUE.- (Le interrumpe.) Nada se me importa de eso, don Quijote. Ya lo recogerá Tello muy luego, que minucias así tienen buen remedio. Baje ahora, se lo ruego, que le serviré en esta mesa, a la sombra, una buena merienda.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Para meriendas no estoy, Marqués.

MAESE ROQUE.- Entonces, le pido compañía, y me contará las tales visiones.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Sí haré. Y agradezco tanta solicitud. Ya me bajo.

(Se corre la cortina. Aparece TELLO, con un plato y recado de cubertería.)

TELLO.- Las migas para el caballero.

MAESE ROQUE.- Dejalas ahí mismo y vete en buen hora con Mariana, que te hace buena falta.

TELLO.- Pero ella se ha escapado de mí con disculpa de sus obligaciones.

MAESE ROQUE.- Pues no descuides tú las tuyas con ella, o habrá que lamentar que no pueda ser lo que tendría que haber sido. Que nos ves ni por tela de cedazo.

TELLO.- A fe que no os comprendo, amo.

MAESE ROQUE.- Calla ya, impertinente iluso. Cuando veas aparecer al caballero, traspones arriba y recoges lo caído.

TELLO.- Malhaya...

MAESE ROQUE.- ¿Maldices?

TELLO.- No, sino me quejo.

MAESE ROQUE.- Ya hablaremos de eso.

(Llega EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que ha descendido desde su cuarto. En ese momento, el ventero le hace una señal imperiosa a TELLO, que sube al aposento de DON QUIJOTE.)

Mire que se enfrían esas migas que están diciendo cómeme. Que está vuestra merced a diente y es necesario el alimento, como el bautismo o la confesión, que una cosa no quita la otra y las Escrituras nos prescriben todas.

(El CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA se sienta a la mesa, y le acompaña MAESE ROQUE, que escancia vino para ambos.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Buen castellano, no es tan grande mi apetito como su hospitalidad, pero deme tiempo y daré cuenta de este plato que su generosidad me ofrece y su cuidado me encomienda. Hay que vivir, y vivirá para tantas venturas como me aguardan una vez que regrese mi escudero.

MAESE ROQUE.- Anímese, pues, mi señor don Quijote, y haga honor a los fogones de esta... de este castillo. **(Se retira. Mientras lo hace, dice para sí:)** Si no fuera por la bolsa que dejó aquel labriego al servicio del orate, me alarmaría tanto relato de mi generosidad a cambio de servicios y sustento. No es siglo para convites ni es mi espalda para doblarse devota y por amor al arte.

(Se escucha rumor de caballerías.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Debe de ser mi escudero.

MAESE ROQUE.- **(Asomándose al portalón.)** No, sino un caballero, con un servidor que en nada se asemeja al suyo.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Ya se tarda.

MAESE ROQUE.- No se impaciente, que la mejor ventura precisa de feliz preparación.

(Entra DON ÁLVARO TARFE, de viaje, precedido de TELLO.)

TELLO.- El caballero quiere aposentarse por una noche.

MAESE ROQUE.- Ve a ayudar al criado en la cuadra.

(Sale TELLO.)

(A DON ÁLVARO TARFE.) Bienvenido sea, caballero. Me honra su presencia.

DON ÁLVARO TARFE.- Y a mí me place la posada, que parece limpia y fresca.

MAESE ROQUE.- Sigame vuestra merced, que le mostraré su aposento y el de su criado. Para serviros, Roque Cenicientos, patrón de esta venta.

DON ÁLVARO TARFE.- Y yo me llamo Álvaro Tarfe.

(Al oír esto, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA presta gran atención.)

MAESE ROQUE.- ¿Lleva largo viaje?

DON ÁLVARO TARFE.- De la corte venimos, y regresamos al Andalucía.

MAESE ROQUE.- Largo camino queda. Y, en parte, peligroso.

DON ÁLVARO TARFE.- En Almuradiel tomaremos refuerzo con otros viajeros antes de encarar Sierra Morena.

MAESE ROQUE.- Sensata prudencia, tan necesaria en estos tiempos. Hágame la merced de seguirme por aquí.

(Salen ambos.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Se levanta, mirándolos irse.) ¿Es posible...? Cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, escrito por un falsario que se inventó otro yo mío que nada tiene que ver conmigo, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Álvaro Tarfe. Mas dejémosle aposentarse, que después habré de preguntarle.

(Regresa TELLO, que precede a otro caballero, casi un anciano, equipado como un caballero andante. Éste no es sino el otro DON QUIJOTE, EL CABALLERO DESAMORADO. EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA se vuelve al recién llegado, extrañado de su aspecto.)

TELLO.- Yo mismo puedo acomodarle a vuestra merced. Maese Roque está aposentando a otro viajero que venía de la corte.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Me imagino quién. Sin duda es Don Álvaro Tarfe, muy gran amigo mío, pues uno de mis escuderos ha creído reconocer ahí fuera a su criado. Desde Toledo vengo en su busca, mas no esperaba hallarlo aquí, sino ya en Granada.

TELLO.- No puedo decirle, caballero. Sígame ahora, que tiempo habrá de que le dé sus parabienes.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Sin duda eres soldado de este castillo, y es de mi gusto penetrar en él. Mas que sepas que no entraré en paz si no devolvéis la libertad a todos los caballeros, doncellas y escuderos que en vuestras oscuras mazmorras con crueldad tengáis presos.

TELLO.- Señor caballero, aquí no hay castillo ni fortaleza, y mucho menos prisioneros; y si alguna fortaleza hay, es la del vino, que es bravo. Si quiere posada, entre, que le daremos buena cena y mejor cama⁴.

⁴ Cf. Avellaneda, IV.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿He de fiar en tu palabra?

TELLO.- Fíe en ella, por mi vida, que ya vendrá mi amo a rescatarla. (**Para sí, echando una ojeada a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.**) Otro loco tenemos, pero a fe que éste parece de otro molde.

(**TELLO se dispone a entrar en la parte de los aposentos, pero queda suspenso al comprobar que ambos don Quijotes se miran, en silencio, sin pronunciar palabra. Al cabo, los dos se dedican una inclinación de cabeza.**)

¿Desea vuestra gracia...?

EL CABALLERO DESAMORADO.- (**Cortante, sin dejar de mirar a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.**) Nada deseo sino acomodarme antes de la cena.

TELLO.- Si lo desea, yo le anunciaré a ese viajero amigo de vuestra merced.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (**Se vuelve a TELLO. Imperioso.**) ¡No es necesario! Yo mismo lo haré cuando le vea. Llévame a mi aposento y cuida que mis criados reciban también su acomodo. Que almohacen mis caballos y que suba a verme el alcaide en cuanto haya terminado con su huésped.

TELLO.- (**Intimidado, le invita a seguirle.**) Señor...

(**Sale, seguido de EL CABALLERO DESAMORADO.**)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (**Solo.**) ¿Qué me inquieta de ese rostro que tan de propósito me contemplaba? ¿No parece un caballero andante, como yo mismo? Norma será del Marqués de Cenicientos recibir en hospitalidad a cuantos devotos de la caballería pasen por sus dominios. ¿De qué me extraño, entonces...?

(**Llega MAESE ROQUE desde la parte de los huéspedes.**)

MAESE ROQUE.- (Mira hacia la parte izquierda.) Se conoce que han llegado otros viajeros. ¿Me será de fortuna para tan mala época del año este don Quijote, que con la paz de su locura quién sabe si no atrae bendiciones del cielo y medro para mi modesta venta?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Señor Marqués...

MAESE ROQUE.- (Para sí.) Me atosiga el titulito. (Alto.) Mi señor caballero...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Quién era ese viajero?

MAESE ROQUE.- ¿Don Álvaro Tarfe?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No, mas es otro que han introducido.

MAESE ROQUE.- A fe que aún no lo he visto, pero en seguida le daré detalle.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No se importune con eso. De momento, quiero rogar a vuestra merced un servicio que le será sencillo y a mí muy provechoso.

MAESE ROQUE.- Diga vuestra merced...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Podría anunciar a ese caballero recién llegado, Don Álvaro Tarfe, que deseo hablar con él? Le ruego que no le dé mi nombre, que yo mismo habré de darme a conocer.

MAESE ROQUE.- Así se hará... (Mira hacia los aposentos.) Mas ahí viene él mismo, ya cambiado a lo de verano.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Excuse entonces que cambie con él unas palabras.

MAESE ROQUE.- Como guste.

(Llega DON ÁLVARO TARFE, ya cambiado. MAESE ROQUE hace una reverencia a ambos y se retira. DON QUIJOTE está en pie, mirando a DON ÁLVARO TARFE, que advierte la atención del caballero. DON ÁLVARO TARFE se siente obligado a romper el silencio.)

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Se hospeda en esta posada, caballero?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Así es, voy de camino y he parado en este castillo del Marqués de Cenicientos, que es la mejor posada para un caballero. Aún habré de quedarme unos días.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced, ¿dónde camina?

DON ÁLVARO TARFE.- Yo, señor, voy a Granada, que es mi patria.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Y buena patria! Pero, dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

DON ÁLVARO TARFE.- Mi nombre es Don Álvaro Tarfe.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Sin duda alguna que vuestra merced debe de ser aquel Don Álvaro Tarfe que anda impreso en la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor aprendiz.

DON ÁLVARO TARFE.- El mismo soy, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Y, dígame vuestra merced, señor Don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

DON ÁLVARO TARFE.- No, por cierto. En ninguna manera.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Y ese don Quijote, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

DON ÁLVARO TARFE.- Sí traía. Y, aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Eso creo yo muy bien, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza es mi escudero, que tiene más gracias que llovidas. Y el verdadero don Quijote de la Mancha, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, soy yo mismo. Cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

DON ÁLVARO TARFE.- ¡Por Dios que me asombra! Pues más de una vez tuve por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Yo no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única.

Finalmente, señor Don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, caballero, se sirva hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y que yo no soy el don Quijote de la segunda parte.

DON ÁLVARO TARFE.- Eso haré yo de muy buena gana, que causa admiración ver dos don Quijotes al mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en la discreción; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado⁵.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Le ruego que se llegue conmigo a mi aposento donde habré de acreditar mejor cuanto he asegurado.

DON ÁLVARO TARFE.- Que me place. Pues asombrado quedo, gentilhombre, y agradeceré que me saque de mi extrañeza.

(Salen ambos, camino de los aposentos. Regresan, cada uno por un lado, MAESE ROQUE y TELLO.)

TELLO.- (Agitado.) ¡Mi amo, mi amo...! ¡Que va a ser verdad que acabaremos viendo cosa de encantamiento!

MAESE ROQUE.- ¿Qué dices tú ahora, alma de cántaro?

TELLO.- Que ha llegado un nuevo viajero.

MAESE ROQUE.- Ya lo he visto. Ahí andaban sus criados con la caballería. Quiero creer que tú mismo has llevado al señor a su cuarto.

TELLO.- Así lo he hecho, mi amo. Mas ¿sabe mi amo cómo se llama ese caballero y cuál su aspecto?

⁵ Para el diálogo hasta aquí entre Don Quijote y Tarfe, cf. *Quijote* II, LXXII.

MAESE ROQUE.- Dime su nombre y luego me cuentas su guisa.

TELLO.- Pues es el caso, mi amo, que dice llamarse Don Quijote de la Mancha, ¡igual que ese hidalgo que lleva hospedado aquí una semana! Y viene con peto, rodela, espaldar y todo lo necesario para un caballero andante de los que debieron de aventurarse antaño por esos caminos de Dios.

MAESE ROQUE.- ¿Haste vuelto loco tú también, Tello Rodríguez? ¿Cómo es él?

TELLO.- Es aún más anciano que el otro, pero también más desabrido. Arriba queda, rezando latines.

MAESE ROQUE.- Esto es una venta, no un asilo de lunáticos. La cosa empieza a ponerse rarita, y esto me inquieta.

TELLO.- ¡Y a mí, y a mí!

MAESE ROQUE.- (Mirando hacia la izquierda.) Mas parece que llegan nuevos viajeros. De esta enriquecemos o acabamos todos enchiquerados por el Santo Oficio.

(Entra por el portalón una dama, vestida toda de blanco. Gentil de aspecto, elegante de porte, rostro apesadumbrado, natural de señorío.)

LA DAMA DE BLANCO.- (A MAESE ROQUE.) Dios guarde a esta casa. ¿Está el posadero?

MAESE ROQUE.- Yo lo soy, mi señora. ¿Deseáis acomodo?

LA DAMA DE BLANCO.- Regreso a mi tierra y preciso de hacer noche.

MAESE ROQUE.- Queda una última estancia en esta pobre venta, abarrotada ya de ingenios y de nobles. **(A TELLO.)** Acude a ayudar a sus criados.

LA DAMA DE BLANCO.- No se moleste. Viajo sola.

MAESE ROQUE.- ¡Cómo...!

LA DAMA DE BLANCO.- No se asombre, mi buen hospedero. Siempre hay alguien que escolta a una dama que viaja sólo con la luz del sol. El alguacil de Puerto Lápice me ha facilitado escolta dos días hasta este punto.

MAESE ROQUE.- ¿Seríais tan gentil de decirme cuál es vuestra gracia?

LA DAMA DE BLANCO.- Me llamo Aldonza Lorenzo, pero hay quien me conoce como Dulcinea del Toboso. Voy en busca de mi caballero, llamado Don Quijote de la Mancha.

(Estupor de MAESE ROQUE y de TELLO, que tartamudean interjecciones incomprensibles. Ambos miran asombrados a LA DAMA DE BLANCO y se miran entre sí. Ella los contempla, impávida, altiva, como si hubiese esperado tal efecto. Oscuro rápido)

ACTO II

Al atardecer. Solo en el patio de la venta, GASPAR hojea un libro, pero sus afanes se hallan en otra parte, y se le nota. Tiene al lado recado de escribir. EL CABALLERO DESAMORADO, que ocupa un aposento en la planta de la calle, está en su cuarto rumiando rezos, sin ser visto de nadie. En un momento dado, deja sus oraciones.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Ya se tarda Don Álvaro. Hubiera querido hablarle un momento, pero se me ha escurrido de las manos con ese paseo intempestivo. Sólo él puede darme noticias de la reina Cenobia después de las ofensas que recibí en aquel castillo de Toledo, todo abarrotado de felones. ¡Ofenderme así a mí, a Don Quijote, el Caballero Desamorado! Mas pronto llegaré a Argamasilla y allí recuperaré a mi buen Sancho, que me ayudará en la busca de aquella dama, que ha de darme cobijo, como yo con ella hice. Ahora soy un perseguido, cual nuevo rey Don Rodrigo. **(Declama.)**

«Después que el rey don Rodrigo
a España perdido había,
íbase desesperado
por donde más le placía.
Métese por las montañas,
las más espesas que había,
porque no le hallen los moros
que en su seguimiento iban».

(Se corre su cortina y queda oculto. Llega MARIANA, que no advierte a su galán, con cubo y escoba. Inadvertida ella, GASPAR la toma por la cintura y trata de besuquearla.)

MARIANA.- ¡El Cielo me guarde! ¡Buen susto me ha dado vuestra merced!

GASPAR.- Ven, esposa mía, que te festeje como mereces.

MARIANA.- ¿Esposa, yo? ¿De cuándo acá echaron amonestaciones?

GASPAR.- Habrá amonestaciones y habrá coro de ángeles que descenderán del cielo para cantar nuestra unión.

MARIANA.- No sea vuestra merced luterano, que me asustan las promesas celestiales.

GASPAR.- Pues yo te haré de las otras.

MARIANA.- ¿De cuáles?

GASPAR.- De las de este mundo. Quiero tu mano.

MARIANA.- No me dé cordelejo vuestra merced.

GASPAR.- Que el cielo mande un rayo y me fría en los infiernos si me burlo de ti. ¿No ves que esto es del amor más verdadero?

MARIANA.- Quiero creer, pero temo engañarme. Me dé prueba de ese amor, y entonces...

GASPAR.- Entonces...

MARIANA.- ¡Qué loco entendimiento el mío!

GASPAR.- Mariana, dulce esposa que me concede mi ángel de la guarda cuando menos lo esperaba, no se me cuece el pan de esperar que pongas fin a tus desdenes. Dime que sí y escribiré a mis padres, que saltarán de gozo al saber que tomo por mujer a la bella y hacendosa Mariana.

MARIANA.- ¿Dónde quedan los padres de vuestra merced?

GASPAR.- En la corte. Calle del Lobo número cuatro, junto al Corral de Comedias.

MARIANA.- ¿No será comedia también todo ese anhelo? ¿No será vuestra merced un lobo que me acecha como a cordera?

GASPAR.- Cordera eres, mas yo no soy lobo, sino otro cordero que bala a tu lado, ya para siempre.

MARIANA.- Para siempre es mucho.

GASPAR.- Para siempre es lo que deseo.

MARIANA.- Disimule ahora, que puede sorprendernos Maese Roque.

GASPAR.- Ahí viene, con su sirviente. ¿Hablabamos más tarde, dulce Mariana?

MARIANA.- No sé cómo habré de apañármelas.

GASPAR.- Traeme ya anochecido una jarra de agua, como si yo mismo la solicitase. Para entonces, te habré compuesto varios madrigales.

MARIANA.- ¿Madrigales a mí...?

GASPAR.- Una mujer como tú bien merece un poeta. Y sabes que, de hoy más, tu esposo seré. No olvides el agua.

MARIANA.- Así haré. Quede con Dios.

GASPAR.- Quedo contigo, atormentado por tus desdenes.

(Vase MARIANA, el corazón encogido.)

Huele a ajo hasta en el cabello, mas qué puede importarme si me promete otros olores de mayor poderío.

(Siéntase GASPAR y hace como que escribe. Llegan MAESE ROQUE y TELLO, que le ven. TELLO trae un azafate con viandas.)

TELLO.- (Zumbón.) ¿Dónde echó usted la lengua, mi buen amo, esa lengua que siempre glosa, como un doctor tonsurado, y siempre corta, como un cuchillo en el aire? La dama de nieve le dejó perdido en medio de su propia venta, ¿o es que le conturbó, hasta deslenguarle, lo raro de su belleza?

MAESE ROQUE.- ¡Para ya tu perorata y no abuses de mi paciencia ni de mi mucho tolerarte! Dejame pensar, que por mucho que piense no sabré preverlo todo. No quiero la mollera a tu modo, que sólo te animas ante la burla con que se desagruvian los corazones quietos.

TELLO.- Que me condene si le entiendo.

MAESE ROQUE.- Claro, Tello. Es que tus burlas saben ir a marcha, pero ignoran andar de vuelta. Por eso no harás mal marido, que cuestión que no pica, respuesta que no atiende. Pero quién sabe si no será bueno que alguien te entone el parentesco. Al fin y al cabo, no serás tú quien haga ni cala ni cata.

TELLO.- Mi amo, que creo que habla sólo por confundir. Y que sea lo que sea que diga vuestra merced, siempre dice lo mismo, aunque mi corto entendimiento no lo alcance.

MAESE ROQUE.- Pues no averigües más, y lleva luego su colación a este nuevo Don Quijote que nos ha salido. **(Mutis.)**

TELLO.- (Se fija en GASPAR.) Mas ahí está el estudiante. **(A GASPAR.)** Mi señor don Gaspar, ¿me dais licencia?

GASPAR.- Dime, Tello.

TELLO.- El caso es que no sé por dónde empezar. ¿Sabe vuestra merced escribir madrigales?

GASPAR.- ¿Qué crees que hago en este momento?

TELLO.- ¿Escribe uno?

GASPAR.- Y aun media docena.

TELLO.- ¿Le escribe a la dama de sus pensamientos?

GASPAR.- ¿A quién, si no? Es dama de mucho mérito, que bien merece mi esfuerzo y atención.

TELLO.- Lo que yo daría por saber escribirle un madrigal a una moza que yo me sé.

GASPAR.- ¿Quién es esa moza?

TELLO.- Quién ha de ser. Mariana, la hija de Blasillo Sarmiento.

GASPAR.- ¿Es esa muchacha que también sirve en esta venta?

TELLO.- La misma. ¿Habéis reparado en ella?

GASPAR.- No sé decirte. Maese Roque la llama a cada momento, lo mismo que a ti: «Mariana, por aquí; Tello, por allí». Y no he tenido más remedio que saber que hay una Mariana en la venta.

TELLO.- Pues otra no puede ser, que no hay aquí más Mariana.

GASPAR.- ¿Le has declarado tu amor?

TELLO.- No, que de palabra soy corto como manga de chaleco cuando ante ella me veo.

GASPAR.- ¿Quieres que yo te ayude?

TELLO.- ¿Lo dice de a veras vuestra merced?

GASPAR.- Y tan de a veras. Nada me agrada tanto como ayudar los amores de otros, pues que yo pienso sólo en mi estudio.

TELLO.- ¿Se lo dirá hoy mismo? Es que me como las manos por ella.

GASPAR.- Se lo diré en cuanto haya ocasión.

TELLO.- ¿Y qué le dirá?

GASPAR.- Ya se me ocurrirá algo. Yo le hablaré de ti, te la dejaré como nueva.

TELLO.- Y aún me daría uno de esos madrigales.

GASPAR.- A fe, que lo haré. Ahora subo a mi cuarto, por ver de ponerlos todos seis en limpio. Queda con Dios.

TELLO.- Con Él vaya vuestra merced. Yo voy a llevarle su pitanza a ese Don Quijote recién llegado.

(Vase GASPAR, mientras TELLO se dirige al aposento del CABALLERO DESAMORADO, que se encuentra en el nivel del tablado. Entonces sale a escena DULCINEA.)

DULCINEA.- Espero que estos rústicos hayan cumplido su palabra y esos dos Quijotes no conozcan mi presencia. ¡Ah, desdichada de mí! Semanas llevo buscando la pista de Don Quijote, y de pronto me llego a una venta en la que hay nada menos que dos. Forzoso es que uno de ellos sea impostor. ¿Por cuál habré de comenzar? ¿Y cómo reconoceré al verdadero? ¡Ah, Isabel, verte en tales pasos por tu loca afición a ese caballero! ¡Mas cuán cerca estás ya de tu propósito!

(Llama al aposento de EL CABALLERO DESAMORADO, del que ya se ha retirado TELLO.)

Abrid, señor caballero.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Quién vive, que interrumpe mis oraciones? **(Abre, lleva un rosario en la mano.)**

DULCINEA.- Mi Señor Don Quijote...

EL CABALLERO DESAMORADO.- **(Se le nubla el entendimiento. O eso se diría. Con entusiasmo.)** ¡Cenobia! ¡Reina Cenobia! ¿Qué se hizo de vos desde que nos separamos en la Corte?

DULCINEA.- ¿Cenobia...? Yo, pues, la verdad sea dicha...

EL CABALLERO DESAMORADO.- **(Cierra la puerta. Muy a lo secreto.)** Sabed que estoy perseguido por mis grandes enemigos y que necesito la protección de vuestro suelo y vuestro castillo. Huyo desde Toledo, donde los luteranos y los gigantes quisieron tomarse venganza de mi defensa de la fe verdadera y mi protección de los débiles, como vos lo erais, mi reina.

DULCINEA.- Pero Don Quijote, ¿no veis que estáis equivocado? Que yo no soy esa reina Cenobia que creéis ver, sino vuestra dama, Dulcinea del Toboso, la que ocupa noche y día vuestros pensamientos, la que os hace velar las noches y suspirar a las horas. ¿Es que no me habéis reconocido...?

EL CABALLERO DESAMORADO.- **(Le paraliza el estupor.)** Decís que sois Dulcinea... **(Encolerizado.)** ¡Y qué haces aquí, entonces! ¿No sabes, pues, que renegué de ti por tus desdenes? ¿No te ha llegado noticia de los carteles que he colgado contra ti y todo el género femenino, que maldito si vale para algo más que para asegurar la procreación del género humano? ¿No sabes, cuando ya es notorio por esos mundos, que soy el Caballero Desamorado, con lo que eso trasciende y significa? ¿Qué haces aquí, ejemplar e imagen empeorada de las mujeres, a las que desdeño y de las que me he olvidado, para paz de mi espíritu y ejemplo de incautos enamorados? ¡Fuera!

DULCINEA.- **(Llorosa.)** ¿Cómo podéis tratar así a la dama de vuestros pensamientos...?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Qué pensamientos, ni qué luterano virtuoso! ¡Marcha de una buena vez y en mala hora hayas venido! Dejame a solas, rezando el Rosario, que es lo más me acomoda.

(Expulsa a DULCINEA y cierra con todo el estrépito que posible sea. Ella queda en medio del patio, humillada, avergonzada, y también un poco ridícula. Pero él queda inquieto, a solas.)

Es bella, gentil, dulce... ¡Sí, es una tentación, porque así es la belleza del diablo!

(Se corre su cortina.)

DULCINEA.- ¿Qué haré, misera de mí? ¡Habrás visto ese maltrato de un caballero andante! Para mí que este beatón tan de vísperas no puede ser el verdadero Don Quijote, sino que su traza es impostura. ¡Qué sofoco, Dios mío! Esto me pasa por ir tras caballeros andantes, y no conformarme con el bueno de Camacho, que me pedía la mano sin mirar en años ni en otros detalles. Pero es tan gordo... Mas llega gente...

(Se coloca al paño. Entran por la izquierda EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA y DON ÁLVARO TARFE.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Le agradezco a vuestra merced haber prestado tan veraz declaración.

DON ÁLVARO TARFE.- Alcalde y escribano quedaron con desazón. Ahí es nada, que declarase ante ellos que no conocía al don Quijote de la Mancha allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda⁶.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Adarvóronse con exceso, a lo que creo. Se los papen duelos, que bien cerrados de mollera que parecían.

DON ÁLVARO TARFE.- No es vuestra merced amigo de escribanos.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Para más nobles cosas se ha hecho la escritura que para dar fe de lo que para los hombres y el cielo es palmario.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Me hará la merced, señor Don Quijote, de compartir cena conmigo?

⁶ Para estas palabras de Tarfe, cf. *Quijote* II, LXIV.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Es lo que yo iba a rogarle, Don Álvaro.

(Mutis de ambos. Descúbrese DULCINEA.)

DULCINEA.- He de hablar con él, pues éste sí que parece de veras el Don Quijote con quien sueño...

(Llega MAESE ROQUE.)

MAESE ROQUE.- Por mucho que me demore, será mejor que yo mismo aclare las cosas, que no que entre esos dos Quijotes se arme un desaguizado, pues forzoso es que se encuentren. Pero, ¿no es esa la pretendida Dulcinea? Cuitada se muestra. A ver si por ella van a alborotar esos gallos talludos este ameno corral. (A DULCINEA.) ¿Se le ofrece algo, mi señora?

DULCINEA.- ¡Ah, mi señor ventero! Ruego a vuestra merced que me anuncie al señor Don Quijote, el único y verdadero.

MAESE ROQUE.- A fe mía que lo hiciera si supiera cuál es el bueno, pues tan seguro es que uno de ellos es malo como inseguro que uno llegue a resultar el genuino.

DULCINEA.- Nada quiero saber del grosero que ocupa ese cuarto de aquí abajo, que yo busco al que impreso está en la Primera Parte de sus hazañas.

MAESE ROQUE.- ¿No se engaña vuestra merced?

DULCINEA.- Ya me he desengañado.

MAESE ROQUE.- Mirad que esta venta tiene ya dos Quijotes, en vez de uno, y quién sabe si antes de acabar el día no vendrá un tercero, que aún hay sol en las bardas.

DULCINEA.- Sé de quién hablo. Ahora acaba de venir con un caballero llamado Don Álvaro.

MAESE ROQUE.- Entonces es claro a cuál buscáis, a más de la señal de esa grosería de estotro, que ya tenía yo maliciada. Mas hablemos pasito, que ellos aún no se han visto, no sea cosa que haya un trabacuentas.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Desde dentro.)
¡Ventero! ¡Ventero!

MAESE ROQUE.- Ése que llama a las voces es el que no buscáis.

DULCINEA.- Nunca lo hubiera buscado.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Desde dentro.)
¡Ventero! ¡Ventero!

MAESE ROQUE.- ¡Qué impaciencia!

DULCINEA.- Acudid, Maese Roque, que yo misma me anunciaré a Don Quijote.

MAESE ROQUE.- ¿Qué querrá ahora este Requijote?

(Llega hasta el cuarto de EL CABALLERO DESAMORADO, mientras DULCINEA se desliza hacia los aposentos superiores. Se descorre la cortina del aposento de EL CABALLERO DESAMORADO, descubriéndose a éste.)

¿Se os ofrece algo, caballero?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Que me traigan recado de escribir y veinte pliegos de papel.

MAESE ROQUE.- ¡Veinte pliegos!

EL CABALLERO DESAMORADO.- Sí, y pronto, que tengo de escribir unos carteles para anunciar extremos de grande trascendencia.

MAESE ROQUE.- No voy a tener en la venta tanto papel.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Pues que me traigan todo lo que haya.

(Córrese su cortina, quedando de nuevo oculto.)

MAESE ROQUE.- Locura sobre locura, grande locura es.

(Sale MAESE ROQUE. Descórrese la cortina del aposento de DON QUIJOTE, que está sentado, pensativo. DULCINEA llama a su puerta.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¿Quién va?

DULCINEA.- Abrid, buen caballero...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
(Inquieto.) ¿Habrás nuevas de Sancho...? **(Abre. Sorprendido.)**
¿Quién sois, señora?

DULCINEA.- ¿No me reconoces? Soy la mujer que más te ama.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Sois por ventura Altisidora?

DULCINEA.- ¿Altisidora...? ¿Quién es ésa que rivaliza con Dulcinea? ¿No has sido fiel a tu dama en este tiempo?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tan fiel como sólo puede serlo un caballero que ha jurado amor perpetuo a una sola dama.

DULCINEA.- Entonces, me amas.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¿Yo...?

DULCINEA.- Porque yo te amo con pasión, con ese delirio que se acumula con la ausencia y con el tiempo, con el recuerdo y con la reminiscencia. Tú, Don Quijote, estás a mí destinado por el cielo y por lo que de terreno tenga tu corazón.

(Le abraza, mas él consigue librarse con dulzura suficiente para no ofender a la dama.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Se aparta. Algo enojado.) ¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore...! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la dejan a solas gozar de la incomparable firmeza mía...! Mas yo tengo de ser de Dulcinea a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra⁷.

DULCINEA.- ¿Pero qué razones son ésas, mi señor don Quijote! ¿Es que ya no conoces a la dama de tus pensamientos, a Dulcinea del Toboso...? Soy Dulcinea, soy tu amada, que andaba entre encantos y ahora es vuelta a la vida para al fin unirnos en amoroso deliquio.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Qué decís, señora...? ¿Que sois por un acaso la sin par Dulcinea del Toboso?

DULCINEA.- Lo soy, claro está que lo soy. Y por ti he venido para que me lleves allí donde el sueño no es locura y donde el amor no alcanza desazones.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Confundido estoy... ¿Es caso que Sancho ha cumplido ya sus retardadas disciplinas?

DULCINEA.- No sé qué disciplinas son ésas, pero sí sé que amor es el que me mueve. Recónceme, mi señor, sabe de mí y yo habré de servirte como debo.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿No será encantamiento...?

DULCINEA.- Encantamiento era, pero ahora soy mujer amante, anhelante, dichosa...

(Abraza a DON QUIJOTE.)

⁷ Para estas palabras del Caballero de la Triste Figura, cf. *Quijote*, II, XLIV.

Bésame, mi caballero, sella con un beso el intervalo de pesar que nos roba el tiempo.

(Besa a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que se deja llevar por unos instantes, aunque recupera presto el sentido de su ideal amoroso.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Cejad, amable señora. Rendid, labios afiebrados. Detened, sombra de dicha. Que no es llegado el momento de caer en ajenos brazos ni habré de olvidar lo que a quien os fingís le debo.

DULCINEA.- ¿Que yo finjo...?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- **(Confuso, pero firme.)** Dulce dama, esos labios que han quemado mi desdén y mi albedrío no deben vencer mi propósito. Dulcinea nunca habría puesto ese beso en mi boca, turbia de desventuras, mas aguardado la bendición de elevados ministros.

DULCINEA.- **(Se enfurece.)** ¿Por quién me tomáis...?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No es mi propósito ofenderos. Sólo que no son para mí vuestros besos, benditos de mundo y de liberalidad, de amor y de confianza, sino para quien los merezca y apruebe, que no es mi caso. Yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y, siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes⁸. Es mi propósito más lejano la sin par Dulcinea, que fingís ser y no sois. Quién sabe si sus besos son tan a propósito y su amor tan intenso. Mas sé que el mío y el suyo son de otra firmeza. Perdonadme, noble dama, pero yo no soy vuestro Don Quijote, ahora que andan por esos campos Quijotes repetidos.

DULCINEA.- **(Se echa a llorar.)** ¡Ay, mísera, corazón carpido! ¡Dos veces despreciada, ahora por quien es, y antes por quien finge serlo! ¡Seré, por mi desventura, portadora de amor diabólico?

⁸ Esta frase, en *Quijote II*, XXXII.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No, mas muy de este mundo. Por eso yo no lo puedo recibir. Andad, y no os sintáis desdeñada, sino sólo confundida por quien, siendo, no puede ser lo que queréis que sea.

DULCINEA.- (Suplicante.) Dejadme dormir aquí...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Señora! Extraviada vais.

DULCINEA.- Aquí, en vuestro lecho. O aunque sea en una carriola, al lado.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Marchaos! ¡Marchaos!

DULCINEA.- ¿Me echáis de vuestro aposento?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No, sino que os recomiendo partir, que no es honesto que aquí permanezcamos juntos.

DULCINEA.- Yo venía ilusionada por veros, por saberos... por conoceros.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Luego no me habéis visto nunca antes.

DULCINEA.- Nunca. ¿Habéis vos visto a esa Dulcinea?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿La que no sois vos? Sí, o más bien la entreví, y espero saber pronto de ella. De mí, en cambio, sólo tenéis legendaria noticia.

DULCINEA.- Impresa, mi señor Don Quijote. Leí vuestras hazañas y supe que yo era para dama vuestra.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Ya veis que os equivocáis.

DULCINEA.- (Abatida.) Yo siempre me equivoco.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No me equivoquéis a mí, entonces.

DULCINEA.- No haré... (Se enjuga las lágrimas, rápida y discreta. Se inclina para despedirse.) Caballero Don Quijote...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Con último, involuntario afán.) ¿Cuál es vuestra gracia?

DULCINEA.- ¿Qué importa eso ahora...?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Se resigna, se repone.) Sí, qué importa...

DULCINEA.- Quedad con Dios.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Con Él espero.

(Sale **DULCINEA del cuarto de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.**)

¿Serán por ventura como éstos los labios de Dulcinea del Toboso?

(Oculta la cortina a **DON QUIJOTE y su estancia.**
Desciende DULCINEA, llorosa, al patio, donde desde hace unos minutos se paseaba DON ÁLVARO TARFE, aquejado por inquietud.)

DULCINEA.- ¡Ah, dos veces mísera, pelarme hía las barbas si las tuviera! ¿He de padecer el agravio del impostor y también el del verdadero?

DON ÁLVARO TARFE.- (Alarmado ante el estado de la dama.) Señora... ¿Qué os sucede? ¿Puedo ayudaros...?

DULCINEA.- En nada podéis ayudarme. Voy en busca de soledad para derramar todas las lágrimas que me quedan.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Os hospedáis en esta venta?

DULCINEA.- En esa estancia me refugio. Ahora, dejadme...

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Alguien os ha ofendido?

DULCINEA.- Sí. Yo misma.

DON ÁLVARO TARFE.- Entonces, no puedo auxiliaros.

DULCINEA.- Pero podéis hacerme la gracia de dejarme sola.

DON ÁLVARO TARFE.- Así haré, si es vuestro empeño.

(DULCINEA **mira entonces, sólo entonces, a DON ÁLVARO TARFE.**)

DULCINEA.- Caballero, sola estoy, sola y sin amparo.

DON ÁLVARO TARFE.- Vuelvo a ofreceros mi concurso.

DULCINEA.- Y yo debería volver a negarme.

DON ÁLVARO TARFE.- Aún así, mi deber fuera insistir.

DULCINEA.- (**Irritada.**) ¡Ya me fastidia vuestra impertinencia!

DON ÁLVARO TARFE.- (**Algo animado.**) Vuestro enfado me indica que estáis a punto de ceder ante quien sólo desea ayudaros.

DULCINEA.- Y vuestra insolencia avisa cuán desvergonzado sois.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Sabré al menos vuestro nombre?

DULCINEA.- Dulcinea del Toboso me llamo.

(**Estupor de DON ÁLVARO TARFE.**)

DON ÁLVARO TARFE.- A fe que no aguardaba nombre tal, que ese está ocupado por una dama menos real que la que ante mí se alza.

DULCINEA.- (**Finge indignarse.**) ¿No es real Dulcinea?

DON ÁLVARO TARFE.- No más que un sueño. Y vos sois demasiado corpórea.

DULCINEA.- ¿Demasiado?

DON ÁLVARO TARFE.- Tanto como un sueño que real se hiciese. Dulcinea es sólo sueño. En cambio, vos ocupáis ambas riberas de esa corriente que transcurre entre viglias.

DULCINEA.- ¿Soy sueño, pues?

DON ÁLVARO TARFE.- Un bello sueño.

DULCINEA.- ¿Y también verdad después de sueño?

DON ÁLVARO TARFE.- No más que veros, no más que oíros, no más que saber de vos para anhelar conocimiento de qué más hay tras ese rostro, esas palabras y esa ocultación. Sois mucho, sois tanto que es preciso que os ocultéis como estáis haciendo. Mas quién sabe si no habrá quien merezca vuestro nombre.

DULCINEA.- ¿Queréis saberlo?

DON ÁLVARO TARFE.- Como se quiere la dicha.

DULCINEA.- Me llamo Isabel de Toledo.

DON ÁLVARO TARFE.- Cristiana nueva...

(DULCINEA queda suspensa, alarmada.)

DULCINEA.- ¿Juzgáis por mi nombre?

DON ÁLVARO TARFE.- Y por la forma de vuestra quimera. Yo también soy cristiano nuevo.

DULCINEA.- ¿Israelita?

DON ÁLVARO TARFE.- De abuelos musulmanes. Me llamo Álvaro de Tarfe y mi tierra es Granada. Claro es, profeso con sinceridad el romano credo.

DULCINEA.- También yo, caballero...

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Buscabais a Don Quijote con nombre ideal?

DULCINEA.- Qué sé yo. ¿No será que me buscaba a mí en esa quimera que habéis adivinado?

DON ÁLVARO TARFE.- Quimera por quimera, os ofrezco la mía.

DULCINEA.- ¿Cuál es?

DON ÁLVARO TARFE.- Mi historia a cambio de la vuestra.

DULCINEA.- ¿Sois casado?

DON ÁLVARO TARFE.- (Lo admite, resignado.) Lo soy.

DULCINEA.- ¿Qué buscáis, entonces?

DON ÁLVARO TARFE.- Busco eso... Quimeras.

DULCINEA.- ¿No os bastan las vuestras?

DON ÁLVARO TARFE.- Las quimeras son para compartidas.

DULCINEA.- ¿Como los sueños?

DON ÁLVARO TARFE.- Quién sabe... Sí, tal vez como los sueños.

DULCINEA.- ¿Y no hay quien con vos las comparta?

DON ÁLVARO TARFE.- No, hasta hoy mismo.

DULCINEA.- Viene gente...

DON ÁLVARO TARFE.- Pasemos pues a la sala y contemplemos los guadameciles, que en esta venta son curiosas sargas con pinturas mitológicas de damas forzadas o despechadas. Mientras, yo beberé a vuestra salud una jarra de vino.

DULCINEA.- Y yo os acompañaré, que es fastidioso beber solo.

DON ÁLVARO TARFE.- Brava mujer.

(Mutis de ambos. Cuando han desaparecido, llegan EL CABALLERO DESAMORADO y MAESE ROQUE. El primero lleva un gran trozo de papel, a modo de anuncio.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- De momento, coloca éste ahí mismo, en ese poste. (Le entrega el papel a MAESE ROQUE.)

MAESE ROQUE.- Repare vuestra merced que lo ahí escrito puede herir a más de uno, y no hay peor ofensa que la pregonada, ni mayor temeridad que apuntar a todos, pues siempre hay un contrincante más diestro o más afortunado.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Si no comprendes que la dignidad de un caballero andante como yo soy requiere la afirmación de verdades como ésta, es que no eres buen cristiano.

MAESE ROQUE.- (Para sí.) ¡Y dale con el hidalgo, que porfía en tenerse sobre el hito, pesia al mundo! Pero si coloco aquí este cartel, en cuanto aparezca el otro don Quijote mi venta puede devenir los Campos de Atila.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿No has oído?

MAESE ROQUE.- Sí, señor, sí.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿A qué esperas?

MAESE ROQUE.- A que dé la orden vuestra merced.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Te burlas de mí, luterano?

MAESE ROQUE.- ¿Luterano yo? No diga eso muy alto vuestra merced, que hay por esos caminos oídos que no se paran a prueba, sino sólo a conjetura. Ya coloco el cartelito.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Y aún has de leerlo.

MAESE ROQUE.- ¿Leerlo yo?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Sí, leerlo has en voz alta.

MAESE ROQUE.- ¿Y con qué fin, mi señor hidalgo?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Con el de publicarlo a los viajeros y personas que se hallen en este mesón, con el fin de conseguir su acuerdo o provocar su disputa.

MAESE ROQUE.- El caso es que no sé leer.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Cómo! ¿Y tus criados?

MAESE ROQUE.- Esos, menos todavía. Con decirle que yo les doy lecciones de cuentas.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Está bien. Lo leeré yo. **(Le arrebató el cartel a MAESE ROQUE. Lee en voz alta.)** Por mi honor y mi ventura, por la orden de caballería que profeso y por la dignidad del Santo Rosario, con la bendición de Santo Domingo, amén, digo y declaro que cualquier caballero natural o andante que dijese que las mujeres merecen ser amadas de los caballeros, miente, como yo solo se lo haré confesar uno a uno o diez a diez. Las mujeres, sí, merecen ser defendidas y amparadas en sus cuitas, como lo manda el orden de caballería. Pero en lo demás, que se sirvan los hombres de ellas para la generación, con el vínculo del santo matrimonio, sin más arrequives de festeos, pues desengaña bien cuánta gran locura es lo contrario las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboso⁹, mujer liviana, como todas, que adopta formas diversas y finge múltiples presencias. Firmado: El caballero Desamorado.

(Ha terminado con pomposa solemnidad. Mientras leía, han acudido al patio los demás personajes de la comedia, cada uno por su lado: en primer lugar, TELLO; a continuación, MARIANA y GASPAR, tomados de la mano, que se han soltado en seguida para no ser vistos; después DULCINEA, seguida de DON ÁLVARO TARFE; finalmente, DON QUIJOTE, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que ha aparecido asomado a la ventana de su aposento, descorrida su cortina, y que al terminar la lectura EL CABALLERO DESAMORADO es presa de santa indignación.)

⁹ Cf. Avellaneda, VI.

DULCINEA.- (Para sí.) Ese loco se refiere a mí, pues aunque Dulcinea no es Dulcinea, sí es la mujer insultada por el loco y por el pliego.

DON ÁLVARO TARFE.- (Para sí.) Pero si es Don Quijote... El otro, quiero decir... ¿Cómo ha burlado el cuidado de locos de la Casa del Nuncio?

MARIANA.- (Para sí.) Este loco es tan loco como el otro, pero de otra pasta. Para chasco que estemos en epidemia.

GASPAR.- (Para sí.) Un poco de locura no de ha venir mal si quiero enloquecerla, que tanto olfatearle el cuero me puede llevar a enloquecer también a mí.

TELLO.- (Para sí.) ¿Y no tendrá razón ese otro loco y no desmerecerán las mujeres del desvelo nuestro? Mas ahí está Mariana, y con tanta locura mejor será que aproveche para decirle la mía.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Rompiendo la fascinación de los otros.) ¡Mientes, fementido caballero! ¡Saca tu espada y date por muerto, a no ser que retires tus soeces palabras, pronunciadas con tanta imprudencia y tan a campana tañida, y afirmes por el contrario que no hay dama más bella que la simpar Dulcinea del Toboso!

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Quién eres tú para hablarme así, derrengado flacucho? ¡Baja si te atreves, o dejame subir, que lo mismo se me da para hundirte el alma en el infierno!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Eso hemos de verlo muy luego. **(Desaparece de la ventana y desciende con rapidez al patio.)**

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Empuña su espada.) ¡Muera el amor, engaño de los sentidos, pecado de las almas, abismo de la razón!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Llega al patio, también empuñando la espada.) ¡Viva el amor, que nos da el sentido oculto de las gentes, que enriquece las ánimas acercándolas al ser de Dios, que nos sitúa en las cúspides del entendimiento!

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Mientes!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¡Mientes tú!

(Mayor estupor de los presentes, pero no tanto que MAESE ROQUE no trate de impedir quebrantos en su industria. No sin temor, se sitúa entre ambos.)

MAESE ROQUE.- ¡Ruego a vuestras mercedes que moderen su disputa, pues es esta venta y casa para viajeros huéspedes, no campo de batalla, palestra de desafíos o patio para trifulca! ¡Tengan piedad de mí!

DON ÁLVARO TARFE.- (A EL CABALLERO DESAMORADO.) ¡Don Quijote! ¿Qué hace vuestra merced aquí?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Por fin consigo ver a vuestra merced, Don Álvaro. Hemos de tratar asuntos de extrema importancia, pero me permitirá antes que siegue la vida de este caballero que, al par que perverso, es iluso. (A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Dí quién eres, que no es de caballeros quitar la vida a desconocidos, de poder evitarse.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Soy Don Quijote de la Mancha.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Mientes, porque Don Quijote soy yo!

(Exclamaciones de sorpresa.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tú no eres sino fingido Quijote.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Don Álvaro Tarfe lo dirá.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Así es, que él lo diga. (A DON ÁLVARO TARFE.) Don Álvaro, ¿por ventura no acaba vuestra merced de declarar en mi presencia que yo no soy el Don Quijote que conocisteis y os acompañó a la sortija de Zaragoza, según anda impreso en un maleasen libro, escrito por un turbio escritor que se esconde con añagazas...?

DON ÁLVARO TARFE.- Así lo dije y firmé.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Cómo? ¿Habéis negado que yo sea Don Quijote?

DON ÁLVARO TARFE.- (Algo crispado ante lo que debe de considerar necia situación.) Caballeros, no empecemos segunda disputa cuando apenas si empiezan vuestras mercedes la primera. Yo estoy confundido, como sin duda lo estarán otras personas aquí presentes. Sólo he podido asegurar que este Don Quijote no es ese otro. Lo que no puedo saber es cuál de ellos es el verdadero, si es que lo es alguno. Pero si me lo permiten vuestras mercedes, les invito a que escuchen las prudentes palabras del ventero. Que no es razón para pelear el que uno sostenga que las mujeres no merecen porque el otro lo afirme como ideal. Haga cada cual lo que le plazca, que ni el amor es pecado ni el celibato herejía.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Afirma vuestra merced, entonces, que el amor es merecedor de la atención de un caballero?

DON ÁLVARO TARFE.- (Le responde mirando a DULCINEA.) No sólo eso. Sino que vivir sin amor es como vivir sin destino. Es andar errabundo, es no saber dónde morar y dónde yacer, es dar vueltas a la noria y creer que es oasis el desierto.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Mientras que amar, lo dice un caballero que no piensa sino en el amor de la simpár Dulcinea, es ese encontrarse consigo mismo impreso en el alma de quien toma nuestra afición.

GASPAR.- (A MARIANA.) Amar es perderse para encontrarse.

DULCINEA.- (A DON ÁLVARO TARFE.) Amar, sin embargo, es riesgo, amenaza.

MARIANA.- (A GASPAR.) Amar es un escalofrío, amar es una garganta estrechada por el anhelo...

TELLO.- Amar es el único sin sentido que te da dicha.

MAESE ROQUE.- Amar es perderse y no encontrarse, sólo para recordarlo un día con una punzada en el corazón.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Bastante he oído! (A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) ¡En guardia, caballero!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡En guardia estoy!

(Se baten, ante el escándalo de todos. Como resultas, cae algún objeto por el suelo y hay gran alboroto y gritería. No consiguen separarlos, pues más bien intentan todos que no les alcance algún empujón o un golpe de filo. Hasta que DON ÁLVARO TARFE tiene una idea y consigue detener la contienda.)

DON ÁLVARO TARFE.- (Grita.) ¡Deténganse, en nombre de la Santa Hermandad!

(Ambos caballeros se detienen cuando sus espadas se cruzaban en arco sobre sus cabezas.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Depone su arma.) Espero que la Santa Hermandad nos permita continuar este lance en más adecuado lugar.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Lo mismo.) Mañana, en el Campo de Montiel.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tengo en ese mismo Campo otro torneo pendiente, pero no importa. Tras acabar contigo, podré acabar con el Caballero de la Blanca Luna.

EL CABALLERO DESAMORADO.- No, porque antes acabará contigo el Caballero Desamorado.

DON ÁLVARO TARFE.- No disputen vuestras mercedes, que llegado será el momento de zanjar tales diferencias sin provocar la intervención de la Santa Hermandad. Ahora, les ruego que se retiren.

(Se lanza ambos caballeros mirandas de porfía, se inclinan ante DON ÁLVARO TARFE y los demás, y sale cada uno camino de su aposento.)

DULCINEA.- **(Para sí.)** ¿He podido pretender alguna vez el amor de esos caballeros, sólo por lo ideal de un libro impreso, cuando hay hombres de pecho generoso que tienen su ideal en este mundo?

MAESE ROQUE.- A fe mía, señor Don Álvaro, que ha tenido gran acierto en desenterrar la Santa Hermandad, que estos dos enconados andantes creen perviviente.

DON ÁLVARO TARFE.- **(A DULCINEA.)** Doña Isabel, retirémonos de nuevo a nuestra jarra de buen vino, que ya me fatigan estas pendencias de locos. Discurriremos solución o arbitraje a este quebranto que se proponen.

(Se retiran DON ÁLVARO TARFE y DULCINEA.)

MAESE ROQUE.- ¿De modo que «Doña Isabel»? Poco ha durado la Dulcinea, vaya que sí. Ah, si así se ayudaran las molleras de estotros caballeros, pero es harina de otro costal.

(Se retira MAESE ROQUE. GASPAR le dedica arrumacos a MARIANA.)

MARIANA.- Modérese vuestra merced, que nos mira Tello.

GASPAR.- Ese Galán te ama, el pobre.

MARIANA.- No creo, es sólo empeño de nuestro patrón.

GASPAR.- Yo lo sé de veras, pero no hablemos de eso, que me importa más ese agua que va a apagar el fuego que me consume.

MARIANA.- Agua tendrá vuestra merced, mas no otra cosa. (Se separa de él y se dirige a TELLO.)

GASPAR.- (Para sí.) Eso lo veremos muy prontito, pichona.

MARIANA.- (A TELLO.) ¿Qué haces ahí parado, papando viento?

TELLO.- ¿Que aún no lo sabes, me dirás?

MARIANA.- ¿Qué tengo de saber...?

TELLO.- Ya veo, ya veo...

MARIANA.- Te haces el agudo con silencios. Pero yo sé que es de puro bruto que siempre has sido. (Sale apresuradamente.)

TELLO.- (Dolido y sorprendido. A GASPAR.) ¿Ha oído...?

GASPAR.- A nada hagas caso, que son así las mujeres y no estaba muy lejos de razón el Caballero del cartel de marras. Hace que te desdeña, pero su corazón será tuyo antes de lo que crees.

TELLO.- ¿Le ha hablado vuestra merced...?

GASPAR.- Claro que le he hablado. Te prometí que lo haría en cuanto fuera posible. Pero hay que ir poco a poco. No conviene que conozca todo en una sola ocasión. Tú dejame que yo la maneje, que todo acabará de la manera más acomodada.

(Mutis de ambos. Reaparecen ambos Quijotes.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- (A su puerta.)
¡Por los misterios del Rosario, que hay en el aspecto de ese enemigo mío toda la traza de un hereje...! Mucha caballería, mucho amor, mucha castidad, pero es seguro que en sus andanzas defiende el libre albedrío de las gentes sobre la conciencia de la Iglesia, pues hay signos que no engañan, y hay aficiones que negarse no pueden. Mas yo sabré detener tanta impiedad. **(Declama.)**

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Asomado a su balcón.) ¿Quién era esa dama que me inquietó la soledad y los pensamientos? ¿Cuyo era ese beso que rozó mis temblores? Iba ella ahora con Don Álvaro, cual si se conocieran de antaño. Mas ¿qué enemigo es ése que repentinamente me sale desde el fondo de un libro? Veo un Quijote frente a mí, un repetido, un fingido, un menguado. Es un espejo deformador y me hallo de repente ante mi otro yo del espejo, que ha salido de él con su propio descerebro y su ninguna caridad. Un Quijote que no existiría de no haberse conocido mis viejas aventuras con Sancho, un necio que quiere ser copia de mí, o ponerse en lugar de mí, y no es más que caricatura y balbuceo. Niño de modos, sayón de hechos.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Declama.)

¡Heme aquí por donde vengo
el infante vengador!
Caballero a la jineta
en caballo corredor...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Niño y sayón... Un balbuceo de loco... De loco...

(Ha ido haciéndose lentamente el oscuro.)

ACTO III

Anohecido. En el patio, MAESE ROQUE y TELLO trabajan en la limpieza de un caldero. EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA se pasea junto a ellos, alrededor del brocal. Vemos también, en el interior de un aposento, a GASPAR y a MARIANA, vistiéndose con apresuramiento.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Creyéndose tal vez solo, pero contemplado por MAESE ROQUE y por TELLO.) ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester¹⁰.

MARIANA.- (Terminándose de vestir.) Gracias te doy, Gaspar mío, por hacerme tu esposa.

GASPAR.- Ejem, sí, mi esposa... Esta unión de cuerpos es, como bien sabes, la más grande garantía para la unión de nuestras almas. Y lo podrás comprobar en daca las pajas.

MARIANA.- (Se asoma al patio.) Están ahí mi patrón, el tonto de Tello y ese caballero loco, el primero... Tendré que salir por esotro ventano y volver a entrar por el portalón.

GASPAR.- Y yo voy al pueblo, a toda prisa, a despachar esas cartas para mis padres, que sepan que soy casado con Mariana Sarmiento y que esa unión ha de ser bendita de ellos y de la iglesia en breve plazo.

MARIANA.- ¿Me querrán tus señores padres, siendo tan principales y los míos tan humildes?

¹⁰ Cf. Quijote II, XXII, cuando Don Quijote va a descolgarse por la Cueva de Montesinos.

GASPAR.- ¿No te han de querer si ese es mi gusto? Soy yo quien se casa contigo, no ellos.

(La abraza de nuevo.)

¿Pero, por qué te has vestido?

MARIANA.- ¿Qué haces? Tengo de irme, no sea que me echen en falta.

GASPAR.- Otra vez, de despedida...

MARIANA.- ¿Qué despedida, Gaspar mío? Si nos vemos mañana, o quién sabe si antes de amanecer. Y tiempo habrá tras nuestras bodas, o allá por las tornabodas.

GASPAR.- Quiero decir... que diez, quince minutos que estés lejos de mí es una ausencia, una lontananza, una saudade, una despedida. ¿Habrá quien ame como yo te amo a ti, Mariana?

MARIANA.- Mi Gaspar...

(Se besan. Se cierra la cortina sobre el aposento.)

MAESE ROQUE.- Pero, ¿quién le mete a vuestra merced, señor Don Quijote, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados¹¹?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- A fe, señor marqués o lo que quiera que seáis en este castillo o mesón, que por vuestros dichos y consejas por veces me recordáis más a mi sobrina o a mi escudero que a un castellano, ni aun fronterizo.

MAESE ROQUE.- ¿Son éstos por ventura unos mentecatos?

¹¹ Cf. Quijote, I, VII (la sobrina).

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Claro que no. Son gente de juicio y, por lo tanto, limitada de visión. Mas no hay vida sin gente así.

MAESE ROQUE.- Celebro lo que dice vuestra merced, porque yo me estoy aficionando a su compañía, y ya temo el día en que regrese el escudero y le haga trasponer a la aldea. Pongamos que no soy escudero ni sobrina, sino sólo un primo segundo que olvidó vuestra merced y que ahora encuentra con regocijo de los dos.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Bien que me place el parentesco. Y no me tenga a mal mi oficio de andante caballero, que de mí sé decir que, después que a ello me dedico, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos¹².

MAESE ROQUE.- ¿Y, de su mucho juicio cuando no cabalga andantemente, no le aconsejaría vuestra merced a este simple que cobrara estado con mujer honesta?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Lo haré, de buen grado, si a él no le importuno y vuestra merced me lo pide. Mira, buen Tello, que el pobre honrado, si es que puede ser honrado el pobre, tiene prenda en tener mujer hermosa, que, cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La hermosura, por sí sola, atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y la estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña¹³.

¹² Cf. *Quijote*, I, 50.

¹³ cf. Don Quijote a Basilio, en ii, 22, tras el episodio de las Bodas de Camacho.

TELLO.- No se me alcanza la razón de mi amo para animarle a darme consejos tales, que yo tengo sabidos pese a mis pocos años.

MAESE ROQUE.- Pobre Tello, estás educado para época ya ida, que ahora vivimos más intrincados tiempos.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados. No existía el *tuyo* y el *mío*, eran todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia.

Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. No había fraude, engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, mas se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermano Marqués, o hermano ventero, lo que quiera que sea vuestra merced¹⁴.

MAESE ROQUE.- Quién sabe si no tendrá que defender pronto a una de ellas.

TELLO.- Pero, ¡qué cosas tiene vuestra merced!

¹⁴ Cf. *Quijote*, I, XI.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Nada me dejaría más satisfecho, señor marqués, pues que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro. Para mí están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo he de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, el que ha de poner en olvido Platires, Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y hechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos hicieron¹⁵.

(MAESE ROQUE y TELLO están suspensos, ganado cada uno por un género distinto de estupor. Ha llegado DON ÁLVARO TARFE, que no ha podido menos de escuchar las últimas fantasías.)

DON ÁLVARO TARFE.- Disculpen vuestras mercedes. ¿Está dispuesta vuestra merced, Don Quijote?

(EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, como tomado en falta, se siente avergonzado, corrido.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Qué estoy diciendo...? ¿Ha escuchado mis palabras vuestra merced, Don Álvaro?

DON ÁLVARO TARFE.- (Disimula.) Nada oí, acabo de llegar y no escuchaba. Venía a recordar a vuestra merced que tiene pendiente ese coloquio con el Caballero Desamorado, ya que ambos han confiado la porfía de sus identidades a mi criterio y arbitrio.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Confuso, perturbado.) ¿Por qué, Don Álvaro, su presencia consigue recuperarme para la razón como quien regresa derrotado de un lance o quien se alivia de un mal sueño?

¹⁵ Cf. *Quijote*, I, 20.

DON ÁLVARO TARFE.- (Como quitándole importancia.) Quién sabe si piensa vuestra merced que soy un hombre razonable, y lo soy demasiado sin duda, uno de esos hombres que no son capaces de pensar grandes cosas porque éstas se hallan más allá de sus narices. Se rebaja vuestra merced de su natural excelencia...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No es eso, modesto caballero, sino algo que me preocupa desde que he coincidido con ese tal Desamorado y con vuestra merced. Hace tan sólo unas horas, pero las estimo en semanas de rara potencia.

DON ÁLVARO TARFE.- Nada justifica...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tal vez no, pero me trabajan ambos rostros, que conocí después de leídos en ese falsario Avellaneda.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Quiere que avise al otro caballero?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Se lo agradeceré, que no podría por mí mismo.

(Aparece MARIANA por el portalón. Se desliza tras todos ellos y consigue pasar al interior, inadvertida.)

MAESE ROQUE.- Mejor será que pasen a la sala.

DON ÁLVARO TARFE.- Bueno es que concluya este lance con paz. (A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Para determinarlo así, voy a hablar con ese otro caballero mientras vuestra merced nos aguarda.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Así haré, como quien espera la conciliación sin por ello negarse al combate que se tercie.

DON ÁLVARO TARFE.- Claro está, Don Quijote, eso es lo que yo quería decir. (Hace una seña a MAESE ROQUE.)

MAESE ROQUE.- (A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Sígame vuestra merced.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Le sigo.

MAESE ROQUE.- (A TELLO.) Lleva ese caldero dentro, que mañana habrá tiempo de terminar.

(Mutis del de la TRISTE FIGURA, MAESE ROQUE y TELLO. TARFE se encoge de hombros, los mira salir y dirige su atención al aposento de EL CABALLERO DESAMORADO.)

DON ÁLVARO TARFE.- (Llama a la puerta de EL CABALLERO DESAMORADO.) Caballero...

(Descúbrese la cortina de EL CABALLERO DESAMORADO.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- Estoy dispuesto, Tarfe, pero antes querría discutir un asunto que me importa sobremanera.

DON ÁLVARO TARFE.- Como quiera vuestra merced.

(EL CABALLERO DESAMORADO hace pasar a DON ÁLVARO TARFE a su aposento. Córrese la cortina. El patio queda solo unos segundos, pero en seguida regresa TELLO. Se abre la ventana del cuarto de GASPAR y aparece éste.)

GASPAR.- (En voz muy baja, pero agitado.) ¡Tello! ¡Ven aquí!

TELLO.- Mándeme vuestra merced.

GASPAR.- (Igual, pero intenta encubrirlo.) Es el caso que he recibido unas cartas de mi familia y tengo de partir a la corte. Es grave asunto. Mas no quiero alarmar al bueno de Maese Roque, que conoce a mis padres y darale disgusto la mala nueva.

TELLO.- ¿Es cosa de enfermedad?

GASPAR.- (Con un gemido.) ¡Ay de mí, que sí lo es! Mi santa madre ha recibido ya los santos óleos!

TELLO.- ¡Ave María Purísima!

GASPAR.- Sin pecado concebida. Es el caso que debo partir, y quiero que me prepares mi caballo, que yo ya tengo el portamanteo y sólo preciso de cabalgadura y de cuentas.

TELLO.- Las cuentas no me las sé.

GASPAR.- Habrá de ser cama y comida por tres días.

TELLO.- Ya podía vuestra merced ponerle cuatro o cinco.

GASPAR.- Sí haré, que aunque como estudiante ando mal de faltriquera, no me han de faltar para ti unas mangas como presente, que sé que te has de casar pronto.

TELLO.- ¿Casarme? ¿Lo dice de veras vuestra merced?

GASPAR.- Y tanto que sí. Ahora tienes a Mariana de lo mejor dispuesta, y preparada como nunca.

TELLO.- Que Dios bendiga a vuestra merced...

GASPAR.- Así espero que lo haga, por mis buenos oficios. ¿Hay alguien fuera...?

TELLO.- Ya ve vuestra merced que nadie. Venga conmigo, que el caballo se lo tengo en dácame esas pajas...

(Mira GASPAR a un sitio y otro. Sale de su aposento con una maleta y sigue rápidamente a TELLO por el portalón, no sin antes hacer una pequeña despedida, que no oye el sirviente.)

GASPAR.- Adiós para siempre, bella gañana, que tu fragancia concluyente no fue de ajo. **(Suspira.)** Adiós, que buenas son mangas después de Pascua.

(Mutis. Descórrase la cortina de EL CABALLERO DESAMORADO y salen éste y DON ÁLVARO TARFE.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- Yo le permití hace tiempo a vuestra merced acompañarme, cosa que jamás hice con caballero alguno. Que puesto que dio cima a tan peligrosa hazaña como aquélla de Zaragoza pensé que merecía mi amistad y compañía, porque fuese vuestra merced viendo, como en un espejo, lo que por todos los reinos del mundo, ínsulas y penínsulas, había yo hecho y cuanto pienso hacer hasta ganar grandísimos imperios¹⁶ como me están destinados. Mas ahora sospecho que se ha dejado engañar vuestra merced de ese hereje.

DON ÁLVARO TARFE.- (Disimula tanto su disgusto como sus ganas de echarse a reír.) Mire, buen hidalgo, que no es la cuestión como parece, sino que me encuentro ante dos Quijotes que disputan por serlo, y yo tan sólo ofrezco mis servicios para desenmarañar esa madeja, que ya es ardua incumbencia, pues al menos uno de los dos habrá de quedar chasqueado si Aristóteles no manejó mal la lógica de las identidades. Calme ahora esa indignación, que no merezco, y sígame a la sala donde nos espera el bueno de Don... quiero decir, el otro caballero que Don Quijote llamar se hace.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Vayamos, pues.

(Cuando van a hacer el mutis, aparece EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tardábanse vuestras mercedes, y acudía en su busca.

DON ÁLVARO TARFE.- En ese caso... (A ambos.) Recuerden vuestras mercedes que me cedieron arbitraje en su disputa de identidad por quién sea de entrambos el verdadero Don Quijote de la Mancha, que habrá de deducirse por los razonamientos y luces de cada uno. ¿Están dispuestos, caballeros?

¹⁶ Cf. Avellaneda, IX.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Con gran dignidad.) Lo estoy.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Desafiante.) Y yo lo estoy sobremanera.

DON ÁLVARO TARFE.- Es la cuestión que ambos dicen ser el Caballero Don Quijote de la Mancha.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Y ante ello yo demuestro mi desacuerdo, porque no hay otro Don Quijote que yo mismo.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Y es el mismo el desacuerdo mío, aunque reclamo la razón para mí, que Don Quijote de la Mancha no hay otro sino yo.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Habrás de demostrarlo, caballero.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Caballero, los testigos que así lo dirán no viven lejos de aquí, pero no están presentes. ¿Están listos los tuyos?

EL CABALLERO DESAMORADO.- No preciso de testigos. Confío en que Don Álvaro Tarfe, que me acompañó en algunas de mis innumerables hazañas, ha de reconocer al verdadero por lo que soy, no por lo que otros digan. ¿Está dispuesto vuestra merced, señor Tarfe?

DON ÁLVARO TARFE.- Lo estoy.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Probanzas de mi identidad como Don Quijote. ¡Primera!

(Echa mano de espada, ante el asombro de los otros, y salta encima de la mesa.)

¡Oh, divina Majestad, ¿cómo permites que tan grande injuria y fuerza me sea hecha? ¿Cómo no ejecutas tu justicia, y descendiendo sobre este robador la tu ira?¹⁷

(Durante estos parlamentos, entran MAESE ROQUE y TELLO, cada uno por su lado, y quedan suspensos y desconcertados ante el espectáculo. Asistirán, mudos y confusos, cuando no divertidos, a toda la escena. Comprueba ahora EL CABALLERO DESAMORADO qué efecto han producido estas palabras. Estupor de los otros. Entonces pasa a otra «probanza».)

EL CABALLERO DESAMORADO.- No era ésta, hidalgos, sino por abrir boca. ¡Segunda! **(Empuña la espada con mayor empuje.)** Yo, el Caballero del Febo, llegué a Constantinopla con la Infanta Lindabrides, y allí monté el caballo Cornerino, y en él vencí en las justas a Alpino, señor de la ínsula de Lemos, que grandes caballerías había hecho en aquel día. Y vencí también a Artidoro, príncipe de Candía; a Alfonte, señor de Sicilia; al príncipe de Dalmacia, llamado Dardante, y a los príncipes Rodamarte y Rodafeo, que eran la flor de los griegos. Y finalmente derribé a cuantos me salieron al encuentro, que fueron más de cincuenta, así extranjeros como naturales del imperio, y otro tanto hice en los ocho días siguientes. Que en cada uno derribé más de ciento, y nunca me duró ninguno en la silla hasta el segundo encuentro¹⁸. **(De nuevo comprueba el efecto.)** ¡Tercera! **(Guarda la espada. Declama.)**

«Vos venís en gruesa mula,
y yo en ligero caballo;
vos traéis sayo de seda,

¹⁷ Cf. Ortúñez de Calahora, *Espejo de príncipes y caballeros*, Libro III, capítulo VI (habla Silverio).

¹⁸ Cf. Ortúñez de Calahora, *Espejo de príncipes y caballeros*, Libro II, capítulo XXV.

yo traigo un arnés trenzado;
vos traéis alfanje de oro,
yo traigo lanza en mi mano;
vos traéis cetro de rey,
y yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos,
yo con los de acero claro;
vos traéis gorra de fiesta,
yo traigo casco afinado;
vos traéis ciento de a mula,
yo trescientos de a caballo»¹⁹.

(Comprueba el estupor de los otros, cuya confusión mal interpreta. Baja de la mesa. AL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) Y ahora te desafío a que demuestres tan por demás tu categoría de Don Quijote.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (A DON ÁLVARO TARFE.) ¿Es realidad o es encantamiento la figura de mentecato que he visto?

DON ÁLVARO TARFE.- Confieso que estoy confuso, caballeros.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Confuso, cuando está claro como el día que soy el único Don Quijote verdadero?

DON ÁLVARO TARFE.- No quisiera ofender a vuestra merced, buen caballero, pero es el caso que esas declamaciones son más de trujamán que de caballero andante, y nada demuestran sobre ninguna identidad quijotesca, a lo que yo calibro.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Don Álvaro, cuide de sus palabras, que me ofenden!

¹⁹ Adaptado, con en otras ocasiones anteriores para este mismo personaje, del Romancero.

DON ÁLVARO TARFE.- No era ese el género de probanza que yo consideraba justo.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Me asombra tu desmedida vanidad y lo turbio de tus razones...

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Ojo con lo que dices, fingidor!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- **(Vehemente.)** ¡Tú eres el fingidor! Pesía mí, confieso haber leído, y no sólo hojeado, algunas de tus «hazañas». No son los libros de caballerías tu fuerte, ni es tu locura de esa procedencia, pues apenas si has leído más que El Caballero de Febo y algunos romances. Te finges lo mismo el Cid Ruy Díaz que, como ahora, Bernardo del Carpio o el Conde Fernán González, cuando no el rey Fernando. Crees imitar al pueblo y al loco, y resultas su contrario: no noble y sensato, mas zafio y corto. Veo en ti las locuras primeras de mi original salida como caballero, y las percibo lejanas, absurdas, pueriles. Eres mi imagen, pero sin alma ni pulimento. Mal remedo que queda en las primeras páginas. Si tú eres locura, yo quiero la vulgaridad de la vigilia y renuncio al sueño.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Con qué paciencia habré de seguir escuchando! Cobarde gallina, uno de los más viles caballeros que ciñen espada, ¿piensas tú que el valor de mi persona y las fuerzas de mi brazo y la ligereza de mis pies y, sobre todo, el vigor de mi corazón, son tan pusilánime como los tuyos?²⁰ Mas doy por zanjada la disputa, que bien has demostrado, con esa falta de ánimo, que no eres verdadero Don Quijote.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Mientes!

EL CABALLERO DESAMORADO.- **(Tira de espada.)** ¡En guardia!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- **(Lo mismo.)** ¡En guardia!

²⁰ Cf. Avellaneda, XXVIII.

(DON ÁLVARO TARFE **sujeta a EL CABALLERO DESAMORADO, mientras MAESE ROQUE intenta calmar a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.**)

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Suéltame, caballero Rosicler, hermano mío, que dé su merecido a ese endemoniado, a ese hereje, a ese luterano...!

DON ÁLVARO TARFE.- Cállese vuestra merced, que ni soy Rosicler ni era éste el fin acordado para la disputa, sino discusión razonada y pacífica.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡No, mi buen hermano Rosicler, sino hasta que confiese ese fementido su verdadero ser, una vez que se ha visto en mi espejo, el del Caballero de Febo!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Por verme en ese feo espejo que me ofreces, repito que me siento dispuesto a abandonar la andante caballería y a retornar a la compañía de mi sobrina y mi ama, de mis amigos el cura, el barbero y el bachiller. Seré en mi lugar, ya que no caballero, sí alcalde de monterilla.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿No confiesa así su renuncia y cobardía?

DON ÁLVARO TARFE.- (Le arrebató la espada a EL CABALLERO DESAMORADO.) ¡Basta!

(EL CABALLERO DESAMORADO, **inerte, queda paralizado por el estupor, por una ira imposible de expresar.** A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.)

¡Y ahora, caballero, entregue ese acero al Marqués de este castillo!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Con gran desánimo.) La entrego, mas no a un marqués, sino a un mesonero que quién sabe si me honrará con su parentesco. (Cede su espada.)

MAESE ROQUE.- Es vuestra merced quien a mí me honra con él.

DON ÁLVARO TARFE.- (A MAESE ROQUE, entregándole la espada de EL CABALLERO DESAMORADO.) Maese Roque, quedan confiscadas estas armas. (A todos.) Y ahora, como árbitro de esta disputa, daré el veredicto que me dicta la justicia y mi entendimiento. (Expectación.) Yo, Álvaro Tarfe, hidalgo granadino, cristiano y en posesión de juicio y raciocinio, digo y declaro que el verdadero don Quijote (Señala a EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA) es ése que ahí se encuentra, junto a Maese Roque, mesonero y castellano de esta venta.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (En un grito.) ¡Esto no es sino traición!

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Es lo que tiene que decir vuestra merced?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Lo que tengo que decir, no lo he dicho todavía, ni es todavía tiempo!

DON ÁLVARO TARFE.- (A EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.) ¿Y vuestra merced, señor Don Quijote?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Abatido.) Lo que tenía que decir, lo he dicho sobremanera. Ahora ya sólo me queda hablar conmigo mismo.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Cobarde!

DON ÁLVARO TARFE.- ¡Silencio!

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Ya veremos si dentro de un momento se atreve nadie a hacerme callar!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No dispute por mí, Don Álvaro, que el insulto de la insania no hace mella en un hidalgo bien nacido.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Amenazante.) Ya veremos si todos estos participantes se atreven a tener tratos con tamaño descomulgado.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Qué quiere decir vuestra merced?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Quiero decir que me marcho, y que torno presto.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Dónde pretende ir?

DULCINEA.- (Que estaba al paño desde poco antes y no puede soportar más.) ¡Que se marche! No puede soportar la vergüenza de su mala causa.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Qué hace ahí esa mujer diabólica, que quiso tentar la castidad de un caballero como yo, desengañado de mujeres? ¡Vuestra belleza fingida no consiguió ni un instante, sabedlo bien, ni un instante, turbar mi ánimo ni desviar mi designio, que me precio de alejar con penitencias y cilicios! Quedad todos con Dios, si es que Dios puede acompañaros en vuestra malicia y en presencia de una diablesa.

(Inicia el mutis, pero es detenido por la increpación de
DULCINEA.)

DULCINEA.- (Vehemente.) Si Don Quijote es el amor, ¿qué más razón hay para considerar a vuestra merced falso Don Quijote sino que se llame a sí mismo Desamorado?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Burláos, reina de Babilonia. Muy pronto tendrán todos nuevas de mí.

(Mutis. Estupor de DULCINEA y DON ÁLVARO
TARFE.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Gentil señora, no prestéis atención a esas palabras, que no está el diablo entre nosotros ni Dios ha de olvidarnos porque lo diga ese mentecato, que rebosa vanidad y fanfarronería.

DULCINEA.- No es fácil escuchar sin turbación esas palabras que más parecen maldición que discernimiento.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Si juzgo por mí, es que no ha podido olvidar vuestra vista.

DULCINEA.- (Intenta ironizar.) ¿La vista del diablo?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Creo haberos dicho que no sois diabólica, sino muy de esta tierra. Creo ver en vos una sima profunda, una sima como la de la Cueva de Montesinos, a la que yo descendí, quedando así iniciado como si de Eleusis se tratara, mas no por ello claro en mi camino, sino dudoso para siempre. No es vuestra sima para iniciarse, mas para perderse, vos la primera, y de Dios y vos depende que no os sintáis fatalmente atraída por ese abismo.

DULCINEA.- No os preocupéis por mí, que si algo lamento es que vuestro pleito de identidad haya quedado en tal estado.

DON ÁLVARO TARFE.- No ha jugado limpio el Desamorado, sino que ha arrojado por el suelo el tablero cuando sus piezas perdían la batalla.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Aún dudaba vuestra merced, Don Álvaro?

DON ÁLVARO TARFE.- ¿No había de dudar? Encuentro a ambos Quijotes, el bueno y el malo, sin que mi entendimiento sea para distinguirlos, después de haber conocido al otro y procurado su encierro.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Tiene vuestra merced derecho a dudar, como yo lo tengo de asombrarme. Ahora veo más allá de lo que otras muchas veces he creído: que si los encantadores que me perseguían poníanme figuras y gentes como ellas son delante de los ojos, para luego mudármelas y trocármelas a su antojo²¹, ahora me ponen burda copia de mí para desengañarme de mí mismo.

DON ÁLVARO TARFE.- Ya no hay duda para mí. Esa grandeza me dice que vuestra merced es el verdadero Don Quijote.

DULCINEA.- También a mí.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Yo no poseo esa grandeza, aunque aspiré a ella hasta ahora mismo.

²¹ Cf. *Quijote*, II, XXVI, tras el episodio del retablo de Maese Pedro.

DON ÁLVARO TARFE.- La grandeza no tiene conciencia de sí.

DULCINEA.- Ni complacencia de sí.

DON ÁLVARO TARFE.- Cómo no ha de complacerse en sí la conciencia propia.

DULCINEA.- La conciencia de sí carece de complacencia de sí, pues ambas casan mal.

DON ÁLVARO TARFE.- Cabe, al menos, el orgullo de sí.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Cabe, pues es legítimo, y a él me atengo. El caso es que quien actúa de manera trascendente no lo sabe.

DON ÁLVARO TARFE.- Entonces, siga vuestra merced sin saber el sentido de su trascendencia. Alguien la sabrá un día, y nos la explicará en el cielo de los creyentes. Quizá ese sentido sea antiguo, como lo son los caballeros andantes, y perdonad que esto os diga.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Por ventura no advierto yo mismo ahora que la andante caballería es mi escapatoria y mi manera de oponerme a lo que no se puede evitar?

DON ÁLVARO TARFE.- No quise decir eso...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Me lo digo yo, que aprovecho lecciones de otros, como la que me procura mirar a ese malandrín que me roba mi nombre; y las aprovecho en mí mismo. ¿Cómo ser otro, sin ser yo mismo?

DON ÁLVARO TARFE.- Don Quijote, disculpe vuestra merced mi atrevimiento.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Don Álvaro, agradezco esa lección que es el remate de mis reflexiones.

DON ÁLVARO TARFE.- No quisiera...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- No importa que no quiera vuestra merced. Yo lo acepto en buen hora.

DULCINEA.- Vos sois el verdadero Don Quijote. Es como el padre que imaginé y que no tuve. Mi padre salió un día de la casa familiar y no volví a verlo hasta que fui moza. ¡Qué decepción, entonces! No se parecía a ese sueño, que vos encarnáis sobradamente.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Os agradezco vuestro consuelo, pero no habléis así. Vos, señora, sois realidad. Hasta el punto de que ahora quisiera olvidar que me visitasteis en mi aposento, y no tengo gran esperanza de conseguir ese olvido. (A DON ÁLVARO TARFE.) Don Álvaro, cuide vuestra merced de esta dama, que parece negarse a ser feliz a cambio de quimeras, cual feligresa de la caballería andante. Yo me retiro a descansar, me siento quebrantado. Acompañeme vuestra merced, Maese Roque, que no sé si podré con mi pobre cuerpo trasijado.

(Se inclina, MAESE ROQUE le toma del brazo. Mutis de ambos. TELLO, sin saber qué hacer, se dirige a DON ÁLVARO TARFE y a DULCINEA.)

TELLO.- ¿Requieren algo vuestras mercedes?

(Pero ni la una ni el otro reparan en él.)

DON ÁLVARO TARFE.- (Advierte que DULCINEA va a retirarse también.) Isabel, ¿por qué te marchas?

DULCINEA.- Yo también he sufrido mi propio quebranto. No debí venir, pero escuchaba la disputa y quería ver la derrota del Caballero Desamorado. Se retira porque le han batido en su campo.

TELLO.- Me parece que no requieren nada...

DON ÁLVARO TARFE.- Parecía llevar un mal designio.

DULCINEA.- Y, ahora, déjame marchar.

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Me dejas solo?

DULCINEA.- Mientras, puedes acariciar el tierno recuerdo de tu esposa.

TELLO.- Será mejor que los deje solos... **(Mutis.)**

DON ÁLVARO TARFE.- Te burlas de mí. Márchate, si quieres, pero antes quisiera darte alguna razón de lo que en mí bulle y me desazona. No soy poeta, no soy soñador, pero puedo ser enamorado. Permite que sea transparente y meridiano, ya que no puedo ser brillante y embellecido. ¿Me oirás?

DULCINEA.- Habla, que, aunque decirlo no debiera, no es tu discurso gravoso a mis oídos.

DON ÁLVARO TARFE.- Isabel, hombre soy de cierta edad, como puedes ver. He recorrido en mi matrimonio mucho tiempo, y en él conozco la felicidad de la comprensión, mas no otras. Poseo riqueza, y parte de ella sabría emplearla con generosidad en una dama que me concediera los dones de Venus ahora que todavía no soy anciano y que me encuentro robusto y deseoso de atraer a las cuerdas de mi destino los regalos que la diosa a menudo otorga con ayuda de un niño. ¿Quieres que ayudemos a ese niño a lanzar una flecha allí donde tal vez nunca se le ocurriría apuntar?

DULCINEA.- **(Vacila.)** Has sido, en efecto, meridiano, pero también poeta, con una poesía que no se nutre de la ensoñación, sino que es, como decía el caballero, muy de este mundo. Mas ¿no es la tuya una propuesta demasiado clara? ¿No es una invitación a arrojarme por esa sima que me advirtió Don Quijote?

DON ÁLVARO TARFE.- No, sino a huir para siempre de ella. Arrójate, no por esa sima, sino en mis brazos, y ambos nos salvaremos.

DULCINEA.- **(Rendida.)** ¡Álvaro...!

DON ÁLVARO TARFE.- **(Encendido.)** ¡Isabel!

(La toma en sus brazos. Se besan.)

DULCINEA.- Vamos de aquí...

DON ÁLVARO TARFE.- Vamos.

(La lleva tomada del hombro. Mutis de ambos. Vuelven MAESE ROQUE y TELLO, como antes, cada uno de su lado.)

MAESE ROQUE.- Me malicio un trabacuentas, que ya lo dije yo.

TELLO.- Con lo animado de esos representantes, me olvidé decirle a vuestra merced que ya traspuso el estudiantillo.

MAESE ROQUE.- ¿Cómo acá?

TELLO.- El Gaspar ese, que abonó el gasto y marchose como alma que lleva el diablo.

MAESE ROQUE.- ¿A qué esa prisa?

TELLO.- A unas cartas recibidas que le urgían a marchar a la corte por alguna desgracia de familia.

MAESE ROQUE.- Lo lamento por él y me regocijo por la tranquilidad de esta casa.

TELLO.- ¿Qué tranquilidad dice vuestra merced?

MAESE ROQUE.- Nada, cosas mías. Que casa regida por viejo, mucho seso y poca espada.

TELLO.- (Ufano.) Le puse algo de bulto en la cuenta.

MAESE ROQUE.- ¿No le pedirías de más?

TELLO.- Sí que hice, a fuer de legítima granjería, que vi que le sobraba lo que a nosotros nos falta y, con la prisa, dime prisa yo también.

MAESE ROQUE.- ¿Y estás orgulloso de comportarte así?

TELLO.- ¿No he de estarlo? Si vuestra merced desdeña la ganancia, no tiene sino que renunciar a ella, que yo sabré encomiar lo que otro cata y deja.

MAESE ROQUE.- Muy cerca has estado de ello, simplón. **(Llama hacia dentro.)** ¡Mariana, Mariana!

(Llega MARIANA.)

MARIANA.- Mande vuestra merced.

MAESE ROQUE.- Anda, ve a levantar el aposento del estudiantillo ése, que ya no ha de volver por aquí.

MARIANA.- ¿Qué dice...? Pero si va a volver de seguida. Ha ido al pueblo a despachar unas cartas.

TELLO.- No, Mariana, sino lo contrario, que recibió unas cartas y tuvo que salir con apresuramiento.

MARIANA.- **(Alarmada.)** ¡Ay de mí! ¿Será cierto lo que a sospechar empiezo, infeliz de mí?

MAESE ROQUE.- ¿Cómo sabes tú...?

(Agitado. MARIANA está ahora atemorizada ante la mirada de MAESE ROQUE. A TELLO, con dureza.)

¡Llévate ese caldero dentro, que continuaremos mañana! Prepara ahora las verduras de mañana.

TELLO.- **(Sorprendido por el tono, se retira hacia dentro con el caldero. Para sí.)** ¡Mira tú el viejo...! Pues no se me pudre porque le saco un sultaní al sopista...

MAESE ROQUE.- **(Le grita.)** ¿A qué esperas?

TELLO.- **(Éntrase con rapidez.)** ¡Que ya voy, señor, que ya...!

MAESE ROQUE.- ¡Y ahora, tú, me lo explicas!

MARIANA.- ¿Qué he de explicarle a vuestra merced?

MAESE ROQUE.- Lo que sabes de ese estudiante. Y si hay algo que ya no se pueda evitar.

MARIANA.- ¿Yo, saber de ese hombre? No sé nada...

MAESE ROQUE.- Te lo advierto, Marianita, voy a empezar a darte de palos y acabarás por confesar, de manera que mejor será que hablemos pasito en cuanto te haga un ademán. Cuéntame por menudo, que te juro que te ato a una encina y te desuello.

MARIANA.- Mire vuestra merced...

MAESE ROQUE.- ¡Qué te ha hecho!

MARIANA.- Soy... Soy su esposa.

MAESE ROQUE.- ¡Cómo dices, desgraciada!

MARIANA.- Soy su esposa ante Dios, que compartimos lecho y compartiremos nuestra vida desde hoy en más.

MAESE ROQUE.- (**Anonadado.**) ¿Y tú has creído a ese desuellacaras, a ese calvatrueno, con sus promesas de viajero?

MARIANA.- (**Aterrada.**) ¡Qué quiere decir vuestra merced...!

MAESE ROQUE.- ¡Por tu vida, cuenta todo!

MARIANA.- Yo... (**Llorosa.**) Es cosa que viome, requebrome, escuchele, enamoreme, a hurto de vuestra merced, que no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. (**Más llanto aún.**) Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya...²²

MAESE ROQUE.- (**Fuera de sí.**) ¡Con que suya...! ¡Pues a estas horas y sin luna, echale un galgo! ¿Sabes lo que te digo? Que fuiste por boda y te dieron buzcrona. ¡Ni estudiante, ni Tello, ni perrito que te ladre, hala...!

(Vase, seguida de la llorosa muchacha, que ha comprendido demasiado bien. Sale TELLO, que estaba al paño, ganado por el asombro y la cólera.)

TELLO.- De modo y manera que ése es el busilis de todo este caramillo. Buena paranza para cazar a esta liebre por marido. Cuando no me cato, me preparan amonestaciones con hembra que le dio ripio a la mano con su honra. Pero, no, a otro perro con ese hueso.

²² Cf. palabras de Claudia Jerónima en Quijote II, LX.

(Sale MARIANA, todavía llorosa.)

MARIANA.- (Intenta encubrir su congoja.) Tello, te llama Maese Roque para un mandado.

TELLO.- (Burlón.) ¿Y dónde vas tú, alma en pena, tan marrida?

MARIANA.- Voy a levantar el cuarto del estudiante, que es partido.

TELLO.- (Con escarnio.) Partido y bien partido, a fe mía. Mas algo se ha llevado en las alforjas.

MAESE ROQUE.- (Sale, furioso. A TELLO.) ¿Qué platicas tú, badulaque?

TELLO.- Nada, sino que me regocijo de mi buen sino.

MAESE ROQUE.- (A MARIANA.) ¿Qué te he dicho que hagas?

MARIANA.- (Llorosa.) Ya voy, señor, ya... (Se introduce en el aposento que fue de GASPAR.)

MAESE ROQUE.- ¿Qué buen sino es ése?

TELLO.- Vuestra merced bien lo sabe.

MAESE ROQUE.- ¿Qué había yo de saber?

TELLO.- ¿No será que la Blasilla dio un mal paso?

MAESE ROQUE.- Si lo diera, malo será que no le saque yo el pie del lodo.

TELLO.- En siendo sin daño de barras...

MAESE ROQUE.- ¿Y qué se te da a ti?

TELLO.- A mí, ya se me da poco.

MAESE ROQUE.- ¿No andas enamorado de Mariana?

TELLO.- Andaba, pero ya no es de ley.

MAESE ROQUE.- Pues va a serlo. Te quiero casado con ella.

TELLO.- (Mordaz.) Pero si ella nunca me quiso...

MAESE ROQUE.- Ahora te quiere.

TELLO.- A buen hora. Porque soy yo quien ya no sorbe vientos por mujer alguna, y menos por ésa.

MAESE ROQUE.- (Imperioso.) Expílicate por qué.

TELLO.- Por lo que vuestra merced bien sabe y yo he oído aun sin quererlo. Porque un estudiante se llevó la primicia y dióse prisa en levar ferro.

MAESE ROQUE.- Otra sería si hubieses mirado por el virote y a lo que te importaba, que nadie más interesado que tú en que a esa moza no le sucediera algún desmán. No te hallaras ahora en el trance de abonar montazgo. Pero bien empleado te está.

TELLO.- ¿Es caso y razón que yo pague con las setenas por lo que le hizo un estudiante de mohatra a esa *paspuerca*...?

MAESE ROQUE.- ¡Ojito con lo que dices, desdichado, que la Blasilla haz cuenta que es mi hija! ¿Olvidas que fuiste tú quien le firmó salvoconducto al estudiante?

TELLO.- No emplee vuestra merced conmigo conceptos marfuces, que no fui yo quien hizo el gasto. Si se empeña, yo respetaré a Mariana, pero sabiendo lo que sé no habré de casarme con ella, siquiera venga rozagante a pedírmelo el Papa de Roma.

MAESE ROQUE.- ¡Desdichado de mí! ¡Una me sale buscona y tú rey de las mulas!

TELLO.- Pero ¿qué haría vuestra merced en lugar mío? Que esto me puede perjudicar más que otra cosa, y no quiero yo perro con cencerro ni mujer sobajada. Ahí que le llega el estudiantillo, la mano por el cerro, mucha péñola y muy a la valona, y ella dejándose socaliñar y no mirando por su honra ni que el otro se va a poner en sagrado a hurtacordel. Y a mí, dándome achares y desdenes, mientras que a él le ponía mano en la horcajadura. Confianzas al sopista y mal modo al hijo de mi padre, ¿y aún me pide que case con ella?

MAESE ROQUE.- ¿Qué va a ser de esa pobre desgraciada?

TELLO.- Por mí, como si se echa por ese campo y se hace moza del partido.

MAESE ROQUE.- Si fueras un hombre, irías en busca de ese malnacido, la emprendieras a torniscones y le hicieras *signum crucis* con el filo.

TELLO.- (Burlón.) ¿Habrase visto? Ya se le ha contagiado a vuestra merced lo de la andante caballería.

MAESE ROQUE.- (Agarra una sartén y amenaza a TELLO.) ¡Tú no me hablas así, rahez y desvergonzado! ¡Ven aquí, galeote, que vas a probar la sazón del corbacho!

(Súbito mutis de ambos, a gritos, perseguido TELLO por MAESE ROQUE. Entra EL CABALLERO DESAMORADO, flanqueado por DOS ALGUACILES.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Ah, de la casa! ¿Duerme ya todo el mundo o es que se han ocultado los conejos al escuchar al cazador? Señor alguacil, ya podéis hacer el llamamiento.

ALGUACIL 1.º.- (En voz muy alta.) ¡Atención, atención, atención! Por el presente requerimiento, se llama a capítulo a un caballero que llamar se hace Don Quijote de la Mancha y que se hospeda en esta venta, so pena de ser perseguido por la justicia, así él como sus encubridores.

MAESE ROQUE.- (Aparece, alarmado.) ¿Qué desean vuestras mercedes, que me alborotan el mesón...?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Maese Roque, entréguenos vuestra merced al prisionero.

MAESE ROQUE.- ¡Don Quijote! Quiero decir... el otro. ¿De qué prisionero habla vuestra merced?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Del que me pertenece.

DON ÁLVARO TARFE.- (Sale también.) Tenga cuidado con lo que hace, caballero.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Y vuestra merced con lo que dice, Don Álvaro, que ahora no va con nadie más que con ese falsario, pero puedo recordar las traiciones y ofensas de que he sido objeto por su parte y perder la paciencia antes de tiempo. Pero, ¡basta! ¡Que salga de una buena vez ese fementido!

(Se descorre la cortina de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA y aparece éste asomado.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Quién me requiere, por qué causa y con qué derecho?

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Señala hacia arriba con dedo acusador. Tonante.) Caballero, falsario o lo que quiera que seas: Date preso a la Santa Inquisición.

(Estupor. Silencio cargado. Temor. Habían ido saliendo DULCINEA, MARIANA y TELLO, que se unen al grupo expectante, ahora atemorizado con la magia de la palabra «Inquisición».)

DON ÁLVARO TARFE.- Pero advierta vuestra merced que no hay razón alguna para meter a la Inquisición en esto. Además, yo no veo a nadie que aquí la represente, pues esas gentes no son sino alguaciles.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Le pido a vuestra merced por última vez que se ponga aparte de este pleito. **(Muestra una credencial.)** ¡Soy familiar del Santo Oficio, y en calidad de tal me llevo aquí con estos alguaciles!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Nada tengo que temer de la Inquisición, que es guarda de la fe debida y del verdadero cristianismo. Estoy dispuesto a someterme a cualquier requisitoria o edicto de gracia.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Más te vale, caballero. **(A los ALGUACILES.)** Ése es el reo del que reclamo causa, y al que me propongo interrogar.

ALGUACIL 2.º.- Debo advertir al reo que permanezca en su aposento hasta tanto el Señor Familiar decida llevar a cabo la requisitoria.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Aquí quedaré.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Y ahora sólo espero que todos los presentes se retiren a sus habitaciones y encomienden sus almas al sueño de Dios. Y ojalá desgranen un rezo por el arrepentimiento de ese alma corrompida.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Yo habré de demostrar que no hay corrupción en mi alma, porque el comienzo de toda corrupción es la mentira, y de eso se sabe más en tu situación que en la mía.

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Sean todos testigos de cómo me insulta! Mas, ¿qué importa? Es cristiano dejarse injuriar y ofrecer segunda mejilla. Mas también lo es averiguar la razón de la noticia que sobre herejía nos ha llegado.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Hereje yo? ¡Soy hidalgo cristiano, obediente a Roma y súbdito fiel de mi rey! ¿Dónde está la herejía?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Basta! Yo sé donde está. Está en la permanencia de unos ideales caducos, está en la tolerancia hacia actitudes anticristianas y antinaturales, está en la usurpación de identidad y en la mentira como norma de conducta.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Pues yo digo que...!

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Hacedle callar!

ALGUACIL 2.º.- ¡Se advierte al caballero que guarde silencio o será sometido por la autoridad! Enciérrese en su aposento, y no pronuncie una palabra más.

(EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, **abrumado, abatido, cierra su cortina y desaparece a nuestra vista.**)

DON ÁLVARO TARFE.- (A EL CABALLERO DESAMORADO.) ¿Qué se propone vuestra merced?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Sólo cumplir con mi deber como familiar del Santo Oficio. Someteré a tormento a ese hombre, hasta que confiese.

DON ÁLVARO TARFE.- ¡A tormento!

EL CABALLERO DESAMORADO.- No se atemorice vuestra merced. Si es inocente, resistirá, cual en ordalía.

(Deja a DON ÁLVARO TARFE con la palabra en la boca.
Junto con los ALGUACILES, se dirige a los aposentos.
Pero le interrumpe DULCINEA.)

DULCINEA.- ¿Va a librarse vuestra merced del diablo o va a alimentar sus victorias?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Apártate de mí Satanás, que está escrito que no tentará al enviado de Dios la Gran Ramera de Babilonia!

(Connoción general. Mutis de EL CABALLERO DESAMORADO y los DOS ALGUACILES, camino de la parte superior.)

DULCINEA.- (Ofendida.) Si yo fuera hombre, esa lengua estaría dando brincos por el empedrado de este patio.

DON ÁLVARO TARFE.- (Se acerca a ella.) Isabel, te ruego que seas razonable. Es un loco peligroso y como tal hay que considerarlo.

DULCINEA.- Pero va a poner preso a Don Quijote como familiar del Santo Oficio.

DON ÁLVARO TARFE.- Eso hay que revisarlo. Voy al pueblo en busca de mayor averiguación (A TELLO.) Tello, prepara mi caballo.

TELLO.- En seguida, señor. (Mutis de TELLO.)

DON ÁLVARO TARFE.- Espero regresar pronto. No es tolerar tal atropello.

DULCINEA.- No olvides que el caballero Don Quijote está ya muy quebrantado y que no podrá resistir demasiadas ofensas.

DON ÁLVARO TARFE.- Amor, volaré como el águila por tornar presto. **(Mutis.)**

MAESE ROQUE.- Señora, mejor será que vayamos dentro, no vaya a ser que despertemos las iras del señor Inquisidor.

DON ÁLVARO TARFE.- No, debemos permanecer aquí. Para oírlo todo, para saberlo todo... y para rezar por Don Quijote.

(Regresa TELLO. MARIANA se dirige a él.)

MARIANA.- Tello, quiero decirte algo. **(TELLO vacila.)** No temas, nada pretendo de ti, sólo que oigas de mí que no te merezco, que ahora lo sé...

TELLO.- **(Para sí.)** ¡Cuán linda se ve, Dios mío! ¿Qué haré?

MARIANA.- Ya te he oído que lo mismo acabaré de moza del partido, pero si ése es mi destino por no haber sabido mirar al hombre que me quería, pues allá mi suerte, y mi alma en mi palma.

TELLO.- No era mi intención...

MARIANA.- No creas, tampoco es la mía. Me han cogido en un mal latín, pero no es cosa de repetirlo. No recorreré caminos de buscona, que no es ésa mi calidad. Me iré a otra parte, quién sabe si a la corte, donde se mira más el valor de la mujer que el estremo de la mercadería. Sobre todo cuando no se ofrece a cambio ningún aljófár.

(Deja a TELLO cuando éste iba a hablar y se incorpora al grupo de DULCINEA y MAESE ROQUE, que hace preparativos para rezos.)

TELLO.- (Fascinado.) Me lo ha dicho todo con pocas palabras. Tendría que irritarme, pero no puedo. Me ablanda, me vence... Mujer como ella, ¿dónde encontraré, ni moza ni viuda, ni ángel ni perdularia? **(Pero se «recupera».)** Pero no, no, no he de dejarme convencer, y menos de mí mismo, que el lance no son *gullurías* ni flores de cantueso.

MAESE ROQUE.- ¡Tello! Trae una jarra de agua a esta mesa, que vamos a rezar como penitentes.

(TELLO va al interior a cumplir la orden. Durante la escena siguiente, le veremos traer la jarra y unos vasos. Se descubre la cortina de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que ahora está atado, con EL CABALLERO DESAMORADO frente a él y bajo la custodia de los DOS ALGUACILES.)

EL CABALLERO DESAMORADO.- Ves que no se le han logrado tus intentos, que por secreto aviso del sabio Lirgando, por cuyas manos recibí la salud y fuerzas que el furioso Orlando con mil desaforadas heridas me había quitado, he sabido que intentabas tomar esta fortaleza para cogerme a su salvo y descuidado, y propagar así la herejía luterana contra la que lucha la católica España. Pero mi buena diligencia te ha sabido sorprender en el delito, y es por eso que mis manos se han de dar la debida prisa y diligencia en acabar contigo²³. A ver si esto pone a todos los demás en pretina.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Cuál es tu acusación?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Ya la conoces. Le has abierto al diablo accesos que no esperaba, en un momento en que la república corre peligro, cuando nuestro rey aguarda el ataque de potencias infernales, antaño cristianas...

²³ Cf. Avellaneda, XIII.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¿Qué accesos son esos, si yo mismo he luchado como caballero y buen cristiano contra el diablo, y le he dado más de un portazo en las narices?

EL CABALLERO DESAMORADO.- Al diablo, cada vez que le damos un portazo, le abrimos una grieta sin darnos cuenta. Con ayuda de mil auxiliares inesperados, esa grieta se hará grande y por ella se colará lo que no cabía por la puerta entreabierta. Confiesa tu culpa y no serás sometido a tormento.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Si eras falso Quijote, ahora eres falso Inquisidor. En ti veo el Santo Oficio como invento del diablo...

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¡Herejía!

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- ¡Del diablo, sí, que se ha enseñoreado de las instituciones de la iglesia! ¡Cómo hablar de herejía! Si alguien puede venir a turbar el reposo de un caballero amante de la humanidad como yo soy, a atormentarle y a perseguirle en nombre de Dios, y todo ello gracias al Santo Oficio, es que este Oficio no es santo ni angelical, sino diabólico. Y tú no eres más que un auxiliar del diablo, un pequeño diablo que se propone hacer mucho mal en la pobre carne, en el pobre cerebro de un hombre que se creía predestinado para el beneficio de los hombres. Qué loco estaba cuando vi en tus hazañas, las firmadas por el lastimoso Avellaneda, tan solo un impostor. Ahora veo que eres un auxiliar de ese demonio que se ha infiltrado en las filas de la iglesia, y que quién sabe cuánto lleva formando parte de ella.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Esto es más de lo que la iglesia y sus enviados pueden soportar. Mas tomo nota de todo ello para nutrir el grosor de tu expediente. Eso es un modo de confesión como cualquier otro, y yo te lo agradezco, hijo mío. Confiesa, deja ver tus pecados y tu intento de llevar el error luterano a los incautos de tu patria, confiesa esa traición, mientras que la monarquía de los Felipes ha intentado preservar la unidad cristiana y el reino de la iglesia.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Si después de llenar el mundo con nuestras tropas y nuestra fe, si después de haber ido a demasiadas partes, demasiado lejos y con demasiado poco equipo; si después de tanto, no le queda a nuestro imperio más que tus rosarios, tus disciplinas y tu Inquisición, habremos caído en un barranco del que no habrá de sacarnos nadie en siglos.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (A los ALGUACILES.) Aplicadle el tormento.

ALGUACIL 1.º.- Mire vuestra merced, que sería menester un verdugo, y con las prisas no fue avisado.

EL CABALLERO DESAMORADO.- Entonces, lo haré yo mismo. (Le azota.) Toma, hereje, pierde tu cuerpo con tal que puedas recobrar tu alma.

(Le azota con saña. Estos azotes y las quejas de DON QUIJOTE son oídos en el patio, donde producen un efecto devastador entre DULCINEA y los demás.)

Ofrezcamos tú y yo, hermano, este sacrificio a nuestro Señor, Dios del Universo, a la Santa Virgen María, que fue virgen en el parto, antes del parto y después del parto.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (En los dolores.) ¡Dulcinea, te suplico tu favor, te suplico tu amparo, pues nunca antes...!

EL CABALLERO DESAMORADO.- (Le azota con más fuerza.) ¡Basta, hereje, consumido por el deseo de la carne! Pues no se pone a llamar a una mujer, en este trance, en lugar de encomendar su alma a Dios para que le ilumine y se rectifiquen sus errores. ¿Qué hablas de Dulcinea, mentecato? Dulcinea es una rústica sin méritos, una de tantas mujeres como tiene el mundo para parir hijos y sufrir el desdén que su sexo merece.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¡Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad! Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues en el potro me quitas la honra²⁴.

DULCINEA.- ¿Qué le está haciendo ese bárbaro...?

MAESE ROQUE.- Calle, señora, tenga prudencia vuestra merced en esta hora, que es el Santo Oficio.

TELLO.- Pasito, pasito, y a nuestro rezo, que por tantas si no nos ponen la mitra.

MARIANA.- ¡Pobre caballero! Para mí que es buen cristiano y le ha entregado alguien que le quiere mal.

DULCINEA.- Ha sido ese mismo envidioso, fingidor y bárbaro. ¿Quién iba a decir que ese loco malsano era un familiar?

MAESE ROQUE.- A veces se dan casos, señora. Si no fuera imprudencia, yo le contaría alguno.

TELLO.- (Escucha algo que proviene del exterior.) Mi amo, ¿no oye usted esa cabalgada?

MAESE ROQUE.- Nada oigo, sino los lamentos de ese pobre caballero.

TELLO.- (Se acerca al portalón.) Pues ahí se llega una reata... ¡Y al frente viene Don Álvaro Tarfe!

DULCINEA.- ¡Álvaro!

(Acuden todos a recibir a éste y a sus acompañantes, que entran entonces por el portalón. Son otros DOS ALGUACILES, que traen también un acompañante: nada menos que GASPAS, el estudiante, atado.)

²⁴ Cf. Quijote, II, LXXII.

DON ÁLVARO TARFE.- Isabel, ¿dónde tienen al caballero?

DULCINEA.- ¡Arriba, en su aposento! ¡Le están azotando!

DON ÁLVARO TARFE.- ¡Alguaciles!

(Uno de los DOS ALGUACILES sube hacia el aposento de DON QUIJOTE, ahora invisible.)

MAESE ROQUE.- **(Al otro ALGUACIL.)** ¿Y esta pieza, dónde la han cazado?

(Mientras, se abrazan DON ÁLVARO TARFE y DULCINEA. MARIANA y TELLO miran a GASPAR con reproche. Él intenta no responderles las miradas.)

ALGUACIL 3.º.- Ha sido un acaso. Esta tarde vimos un caballo que corría demasiado y quisimos averiguar qué pasaba. Paramos al jinete y le pedimos sus papeles, que resultaron ser los de un joven que habían robado hace unos días en el campo de Maqueda. Es el joven Don Gaspar Flores de la Espesura, al que sus ladrones dieron por muerto. Y yo mismo reconocí en este galeote a un llamado Simoncillo de Valduengas, descuidero y hampón del Zocodover que había decidido que le olvidasen un tantico a orillas del Tajo, para lo cual iba hacia el sur, hacia la Sierra Morena, con el intento de pasar a la Andalucía.

MAESE ROQUE.- **(Al ALGUACIL.)** Pues sabed que antes de irse deshonoró con forzamiento a esa mi sirvienta.

ALGUACIL 3.º.- No le aconsejo a vuestra merced que lo repare con matrimonio.

MAESE ROQUE.- ¿No llevaba encima otro medio de reparación?

ALGUACIL 3.º.- Llevaba sus buenos dineros, pero han sido confiscados con destino a quien debe de ser su legítimo dueño.

MAESE ROQUE.- Veremos...

(Bajan los DOS ALGUACILES del principio, más el que ha subido, trayendo todos preso a EL CABALLERO DESAMORADO.)

ALGUACIL 1.º.- (A DON ÁLVARO TARFE.) Señor, fuimos engañados por este malandrín, que se hizo pasar por familiar del Santo Oficio.

ALGUACIL 2.º.- Nos engañó, mas pagará su fantasmagoría.

EL CABALLERO DESAMORADO.- (A DON ÁLVARO TARFE.) Traición sobre traición... ¿Os parece meritorio?

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Qué le han hecho al caballero...?

EL CABALLERO DESAMORADO.- ¿Al hereje? Ni me han dejado empezar...

ALGUACIL 4.º.- La descripción coincide con el alienado que se fugó de la Casa del Nuncio, en Toledo.

ALGUACIL 3.º.- Expídasele presto.

(Última mirada, cargada de tensión, entre DON ÁLVARO TARFE y EL CABALLERO DESAMORADO. Los ALGUACILES 1.º y 2.º, que acompañaban al reo, ahora lo llevan preso: mutis de los tres. DON ÁLVARO TARFE sube al aposento de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. Descórrase la cortina, y se le ve allí, ya desatado, sumido en gran quebranto. DON ÁLVARO TARFE queda frente a él, en silencio, mientras abajo concluye la escena.)

(A MAESE ROQUE.) Ese pobre loco es un impostor, y además no existe, puesto que no es sino hijo de la imaginación de un escritor calenturiento.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- (Arriba, ha oído esta última frase.) Yo también lo soy. Pero ese bruto, para no existir, ha estado muy a punto de quitarme de este mundo.

DON ÁLVARO TARFE.- Todo está aclarado, Don Quijote. No era más que un impostor, reo de doble impostura. ¿Cómo iba a comportarse así un auténtico familiar del Santo Oficio, de ese angelical instituto que vela por la pureza de la verdadera fe para guardarnos del infierno?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Claro, claro, era de esperar...

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Se siente bien vuestra merced?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Me siento mal, mal de daño al cuerpo y mal de daño al alma. ¿Quién era ese fingidor?

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Quién sabe? Vuestra contrafigura, sin duda. Vuestra merced sueña, mientras que él...

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Él sueña también, y para cumplir su triste sueño está dispuesto a crear un infierno en este mundo, un infierno que supere al del mismísimo diablo. Porque no puede vivir su sueño sin imponérselo a los otros por fuerza.

DON ÁLVARO TARFE.- Descanse ahora, que ya he llamado a un físico para que examine esas heridas. Mañana habrá tiempo de desengaños.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- El desengaño me llega a través de ése. Y me llega cuando estoy muy cansado, muy cansado... Me veo ridículo, me veo en él y me veo imposible. No podré seguir andante caballero después de esta tortura y de este mirarme y remirarme.

DON ÁLVARO TARFE.- Le han de curar las heridas.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Las que se puedan curar... Ah, Don Álvaro, de veces he tenido momentos de lucidez en que me sospeché loco. Ahora me sospecho idiota. Lo mismo que hay quijotes inopes, como yo, que creen que el bien tiene presencia y esencia, hay otros que saben que el mal es su aliado. Y ya sabe vuestra merced que al mal no hay que buscarlo con el candil del filósofo, pues acude presto a quien lo apetece.

(Aparece un médico a la puerta del aposento de DON QUIJOTE. Le hemos visto cruzar el patio, preguntar y subir la escalera conducido por TELLO.)

DON ÁLVARO TARFE.- Aquí está el médico que examinará esas heridas. En sus manos os dejo.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.- Id con Dios, Don Álvaro.

(Se corre la cortina de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. Abajo llega a su fin otra escena de interrogatorio, que había comenzado durante el parlamento anterior.)

ALGUACIL 3.º.- ¿Entonces, aceptas como verdad lo que dice este hombre?

GASPAR.- Acepto lo que vuestras mercedes quieran. **(Con una ironía que no pueden entender todos los presentes.)** Sí, yo forcé a esa pobre muchacha, que consentir no quería. Y acepto que le entreguen todos esos ducados, si en ello va su salvación y a mí me disculpa de mi acción en siquiera un gramo.

ALGUACIL 3.º.- Entonces, señora Mariana, consideráos desde ahora dotada generosamente para vuestras nupcias de algún día.

MAESE ROQUE.- (A TELLO.) ¿No te dice nada esa dote?

TELLO.- ¿Esa dote...? **(Reacciona.)** ¿Pero por quién me toma...?

MARIANA.- **(Seductora, a pesar de sus palabras. Desdeñosa en apariencia.)** Déjelo vuestra merced, que tiempo y lugar habrá para que me corteje un caballero, no un gañán de celos tardos.

(Inicia el mutis, pero se queda por allí, apartada, a la ocasión. Risa de MAESE ROQUE. Corrido, TELLO guarda silencio.)

ALGUACIL 4.º- Vamos, perillán, que es noche cerrada y no es cosa de que duermas al sereno.

(Los ALGUACILES emprenden el mutis con su prisionero. Despididas. DULCINEA, que esperaba a DON ÁLVARO TARFE al pie de la escalera, recibe a éste, que llega entonces al nivel del patio. Los ALGUACILES concluyen su mutis durante las palabras siguientes.)

DULCINEA- ¿Qué le han hecho al caballero?

DON ÁLVARO TARFE- Se encuentra bien. No creo que las heridas del látigo le hayan hecho tanto daño como las otras, que obligarle pueden a abandonar la caballería.

DULCINEA- Álvaro...

DON ÁLVARO TARFE- ¿Has pensado en lo que te he propuesto?

DULCINEA- Sí, he pensado...

DON ÁLVARO TARFE- ¿Y qué me respondes?

DULCINEA- Aún no puedo responder nada.

DON ÁLVARO TARFE- ¿Por qué te tardas? ¿No confías en mí?

DULCINEA- ¿En ti...? Más que en mí misma.

DON ÁLVARO TARFE- Entonces...

DULCINEA- Es que todo necesita un tiempo...

DON ÁLVARO TARFE- Cierto, mas es responsabilidad nuestra atrapar ese tiempo que está dispuesto a huir tanto si le damos contenido como si nos olvidamos de él.

(Siguen hablando, sin que los oigamos.)

MAESE ROQUE.- (A MARIANA.) Ve a él, muchacha, que hablarte quiere. (A TELLO.) Ahí la tienes, que es toda oídos. (Se aparta y los deja juntos.)

TELLO.- Mariana, me dice el amo que te hable...

MARIANA.- Pues habla...

TELLO.- El caso es que no sé que decir.

MARIANA.- Pues no digas nada.

TELLO.- ¿Tú me quieres?

MARIANA.- ¿Por qué había de quererte? ¿Me quieres tú a mí?

TELLO.- Dice el amo que haría bien en casarme contigo.

MARIANA.- Si es sólo por el amo, no hay caso.

TELLO.- Pues no es por el amo. Es que... Es que me enciendes.

MARIANA.- ¿Y qué puedo hacerle yo?

TELLO.- Ayudarme a que me consuma siquiera un poco.

MARIANA.- ¿Cómo?

TELLO.- ¿Te quieres casar conmigo?

DON ÁLVARO TARFE.- Entonces, ¿qué me dices, amada mía?

DULCINEA.- Te digo sí. Sí, de todo corazón.

MARIANA.- Sí, te digo sí, si ese es tu deseo.

TELLO.- Bueno, el caso es que la dote...

MARIANA.- ¿Valgo más con dote que sin ella? Claro, siempre fue así, y más entre pobres, que no estilan ese tipo de dádivas.

TELLO.- No he querido decir eso.

MARIANA.- ¡Bah! Piénsalo de aquí a mañana y me lo vuelves a proponer. A ver si entonces sabes qué te enciende más, si Mariana o esos ducados que nadie esperaba.

MAESE ROQUE.- (Que observaba a ambas parejas y que ahora se dirige al público mientras los otros siguen platicando, cada oveja con su pareja.) Vaya por Dios, que al fin se impone la razón en estas cosas del matrimonio y el emparejamiento, que tantas confusiones crea. Es, pues llegado el momento, senado discreto, de pedir que perdonéis las muchas faltas de esta comedia que...

(Voces en el exterior. Confusión de los que están en escena. Por el portalón o por una rampa preparada a tal efecto, irrumpe EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA, montado en un corcel, también blanco. Asombro de los demás, que quedan suspensos.)

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- ¡Paso al Caballero de la Blanca Luna! ¿Quién es el castellano de esta fortaleza?

MAESE ROQUE.- (Para sí, ya harto.) ¡Malhaya otro loco! Debe ser éste el tercer Quijote que me esperaba. (A EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA, con cierta socarronería.) Yo soy ese castellano que busca vuestra merced, para lo que me quiera mandar.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- Vengo a desafiar a Don Quijote de la Mancha, de acuerdo con lo que acordamos hace unas semanas en las playas de Barcelona.

MAESE ROQUE.- ¿Y no podía vuestra merced aguardar a mañana, por respeto a la hora en que todos duermen en esta venta?

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- No es mi intención alterar el sueño de las buenas gentes, sino recordarle a Don Quijote su compromiso, y he sido informado de que aquí para.

DON ÁLVARO TARFE.- (Confuso, pero firme.) Disculpe vuestra merced que tercié en esa cuestión, pero es el caso que Don Quijote es mi amigo, al menos el Don Quijote verdadero, y quisiera saber quién es en realidad vuestra merced.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- (Desciende del caballo y descubre su rostro. Atrae a todos los presentes cerca de él. En voz más baja.) La verdad sea dicha, me llamo Sansón Carrasco, y soy vecino y amigo de Don Quijote. Intento desafiarle y vencerle, a fin de obligarle a residir en su aldea siquiera un año, porque no ande con esos campos mostrando su locura y arriesgándose a la burla, a la ofensa y al quebranto, cuando tiene su familia y su buena hacienda en su pueblo, a obra de pocas leguas de aquí.

MAESE ROQUE.- Pues viene vuestra merced de paleta, porque Don Quijote está ahora que no tiene alma en las carnes, y precisamente ahora parece que recobra el juicio y afirma el pie llano después de padecer sus buenos tártagos, que a pique si lo deja perlático un falso familiar del Santo Oficio.

DON ÁLVARO TARFE.- Podéis llevároslo quién sabe si en su sano juicio.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- Por el cielo, si así fuera... Mas no puedo fiar de curas cuando conozco al paisano y le he visto pasar más de una.

DON ÁLVARO TARFE.- Nada es garantía y no sabemos si está curado de su ensueño o abrumado por el despertar. Pero vuestra merced mismo lo podrá ver si a bien lo tiene Maese Roque.

MAESE ROQUE.- Y tanto que lo tengo. Mire, que si ahora lo ve más bien roto, pronto estará a la mira y a la maravilla.

(Señala arriba. Se descorre la cortina de EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, que aparece quebrantado y sin fuerza, fijo en el ventanal, mudada ahora su cantinela. EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA, CARRASCO, le mira así, y también todos los demás, ajeno a ellos el buen CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
¡Sancho! ¡Sancho! ¿No recuerdas aquel prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia? Dulce pensamiento, a cuya imitación querría que nos convirtiésemos en pastores. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- ¿Es la razón la que le recupera o es por ventura preludio de la muerte?

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.-
Darannos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos²⁵.

(Asombro general. Todos miran arriba, hacia DON QUIJOTE. Mas su cortina se corre, ocultando al caballero. Unos instantes de estupor, una sugerencia de patetismo. Pero... Música para conclusión. Sobre los versos que cierran la obra, sonará una pieza instrumental de la época, una ensalada o una danza lo más animada posible, que al principio apenas será audible, pero que culminará en los últimos versos recitados. Será un final a modo de mojiganga.)

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- (Con gravedad, mirando todavía hacia la cortina cerrada del aposento de DON QUIJOTE.)

Aquí acaba el caballero,

²⁵ Cf. para esta parrafada del Caballero de la Triste Figura: Quijote II, 66.

bien molido y mal andante,
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

(Exclamación de asombro de todos los presentes.)

MAESE ROQUE.- (Inicia, con mesura, el tono jocoso que se generalizará después.)

Sancho Panza el majadero
muy pronto vendrá por él,
el escudero más fiel
que vio el trato de escudero²⁶.

(Risas de aprobación de todos. La atención ya no está en el piso superior. Durante los versos siguientes, MAESE ROQUE hace el intento de reconciliar a TELLO con MARIANA.)

DULCINEA.- (Una burla sutil, acaso de sí misma.)

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de su mal no os holgáis,
escuchad sus quejas santas.
Su dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues, por pagaros escote,

²⁶ Cf. final de Quijote I, «Del Cachidiablo, Académico de la Argamasilla, en la sepultura de Don Quijote».

aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea...

TODOS.- Del Toboso.

MARIANA.- (Se acerca a TELLO, al que desde hace rato, animada por MAESE ROQUE, hace señas invitadoras, sin que él haya abandonado su gesto hostil.)

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.
Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea...

TODOS.- Del Toboso.

(A estas alturas, TELLO parece muy ablandado.)

DON ÁLVARO TARFE.- (Toma de las manos a DULCINEA.)

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
hiriole amor con su azote,
no con su blanda correa;

y, en tocándole el cogote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea

TODOS.- Del Toboso²⁷.

**(Regocijo general. Animada por MAESE ROQUE,
MARIANA toma a TELLO y lo lleva al centro del tablado,
seguidos ambos de las miradas de todos.)**

MARIANA.- ¿Quién menoscaba mis bienes?

TODOS.- Desdenes.

MARIANA.- Y ¿quién aumenta mis duelos?

TODOS.- Los celos.

MARIANA.- Y ¿quién prueba mi paciencia?

TODOS.- Ausencia.

MARIANA.- De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

(Se vuelve de espaldas a TELLO, fingiendo enfado con él.)

TELLO.- **(Animado e incluso empujado por los demás.)**
¿Quién me causa este dolor?

TODOS.- Amor.

TELLO.- Y ¿quién mi gloria repugna?

TODOS.- Fortuna.

²⁷ Cf. Quijote, I, XXVI.

TELLO.- Y ¿quién consiente en mi duelo?

TODOS.- El cielo.

TELLO.- De ese modo, yo recelo

morir deste mal extraño,
pues se aumentan en mi daño,
amor, fortuna... ¡y el cielo!

(En el centro del corro, MARIANA y TELLO, que se abrazan con regocijo, son relevados por DULCINEA y DON ÁLVARO TARFE, que lleva a su dama de la mano.)

DON ÁLVARO TARFE.- ¿Quién mejorará mi suerte?

TODOS.- La muerte.

DON ÁLVARO TARFE.- Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

TODOS.- Mudanza.

DON ÁLVARO TARFE.- Y sus males, ¿quién los cura?

TODOS.- Locura.

DULCINEA.- (Se adelanta a DON ÁLVARO TARFE, que ya iba a recitar.)

De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura²⁸.

²⁸ Cf. Quijote, I, XXVII.

(Se abrazan. Mayor regocijo. La música llega a su culminación. Tal vez esbozan todos unos pasos de baile. Concluyendo la música, miran al público y se inclinan; se ha ido haciendo poco a poco el oscuro final.)